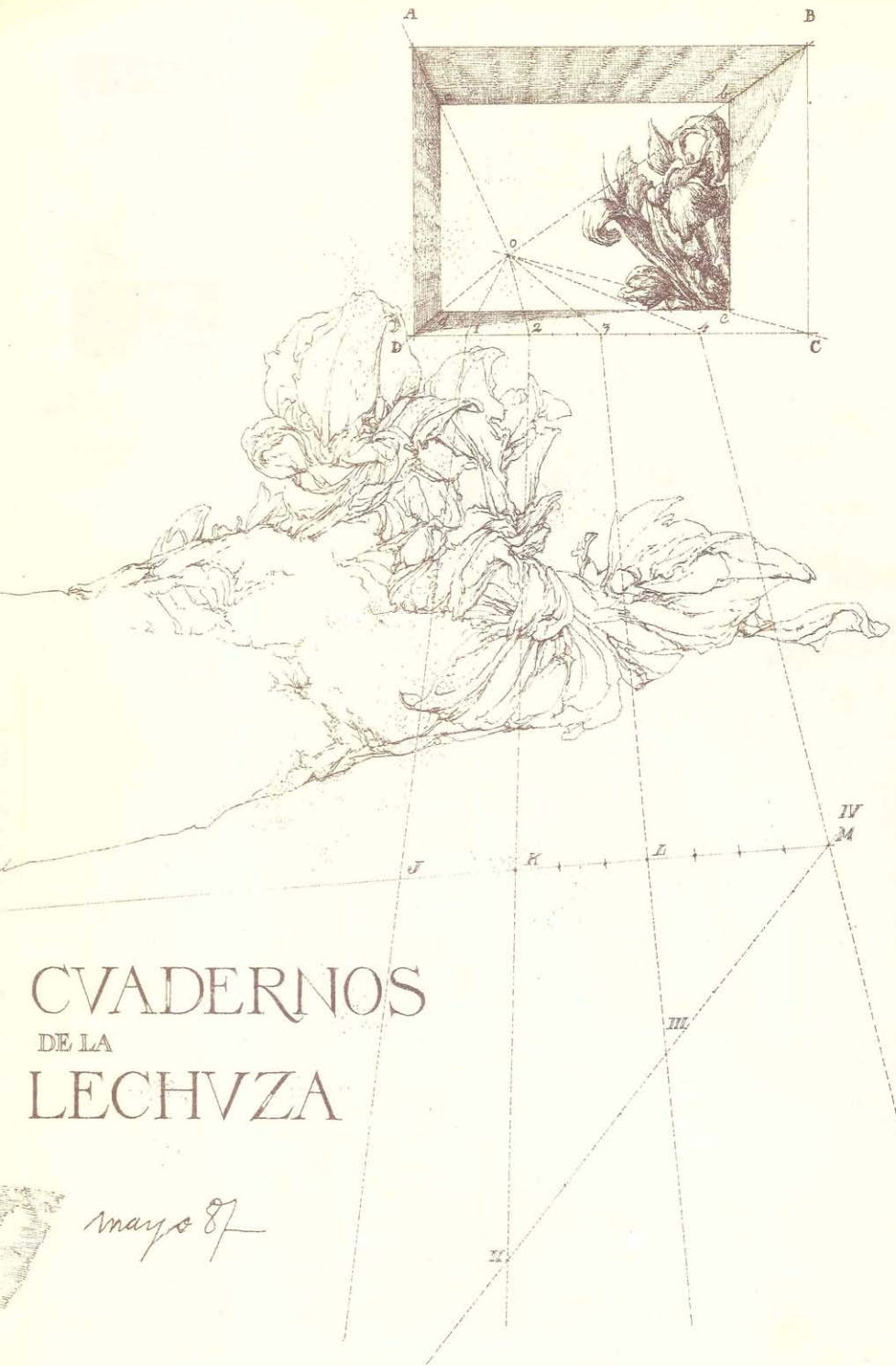


CVADERNOS DE LA LECHVZA

mayo 87

El presente curso lo inauguramos con una lectura de poemas de **Claudio Rodríguez** en nuestra Aula de la Lechuza. Desde entonces teníamos pendiente con él una deuda que queríamos satisfacer con un número monográfico. La espera ha sido larga, pero el resultado confiamos que satisfactorio.

Lo reducido de nuestro presupuesto hace que las colaboraciones sean limitadas; pensamos que la personalidad de **Claudio** requeriría varios números para atender las múltiples adhesiones que surgen con sólo mencionar su nombre.

Por otra parte, este número nos ha servido para salirnos del ámbito habitual de nuestras colaboraciones y entablar amistad con otros artistas que no se dejan ver con frecuencia por la Villa y Corte, pero que crean y trabajan con gran entusiasmo en Zamora y otras ciudades de Castilla-León, y con los cuales hemos mantenido gratísimos contactos.

CUADERNOS DE LA LECHUZA
Organo de la A.C.H.H. anexo a Erytheia
Nº 4 y 5, Mayo de 1987
DIRECCION:
Carlos Baonza & Jesús Muñoz
CONSEJO EDITORIAL:
Dimitri Papagueorguiu
Manuel Rorrero
Marián Hierro
Julia Díez
Pedro Bádenas
Dolores Bello
COMPOSICION:
Julia Díez
PORTADA:
José Hernández

Han colaborado en este número:
Parte literaria: Claudio Rodríguez / Jesús Hilario Tundidor / Joaquín Benito de Lucas / La Lechuza / Carlos Bousoño / Francisco Brines / Luz Mª Jiménez Faro / Louis Bourne / Manuel Romero / José Hierro / Exuperio Díez Tejedor/ Antonio Quintana / Luis A. de Cuenca / Isabel Lloria / Jesús Muñoz / y Carlos Baonza.
Parte gráfica: Elizabeth Lipton / Ricardo Zamorano / Dimitri Papagueorguiu/ Antonio Pedrero / Tomás Crespo / Claudio Rodríguez / Luis Quico / Toribio/ Felicidad Rodríguez / Adolfo Estrada / Joaquín Pacheco / Manuela G.Armada/ Antonio Quintana / Ramón Abrantes / Jesús Muñoz / y Camilo Vázquez.

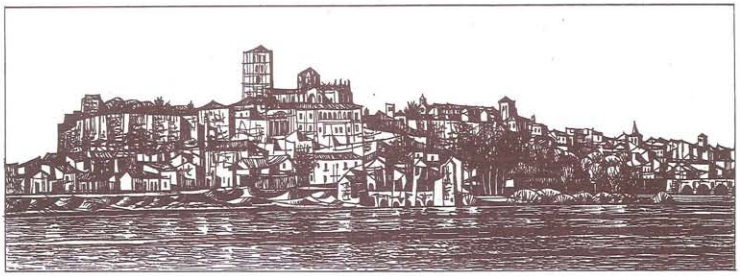
claudio rodríguez
inédito

LA MAÑANA DE LA LECHUZA

Hay algunas mañanas
que lo mejor es no salir al aire.
La semilla desnuda, aquí, en el centro
de la pupila en plena
rotación,
entre tanta blancura repentina,
entre la intimidad de esta ola sin ventanas,
cerca de la pared del sueño, entre altamar
y la baja marea,
¿hacia dónde me lleva?
¡Si lo que veo es lo invisible, es pura
iluminación,
es el origen del presentimiento!
Junto a este otoño de madera y de ecos
de olvido y de abedul,
con la rapacidad del ala lenta
ladeando y girando
a medio vuelo avaro de la noche,
y del pico sin cera, sin leche y sin aceite,
y del plumaje en humo, la espuma que suaviza
la saliva, la sal y el escremento
del nido... Hay un sonido
de altura, moldeado
en figuras, en vaho
de eucalipto. No veo, no poseo.
¡Y esa alondra, ese pámpano
tan inocentes en la viña! Nunca...
Cuánto misterio y cuánta cobardía.
Y la captura de la liebre, el nácar
de amanecida, y la melodía
en pleamar naranja de la contemplación.
¿Y todo es invisible? ¡Si está claro
este momento traspasado del alba!
Este momento que no veré nunca.
Esta mañana que no verá nadie.
Esta mañana que me va acercando
al capitel y al nido.

Cómo cantaba mayo en la noche de enero.
Entre el relieve y el cincel, la lima
y el buril hay mano de obra
y secreto fecundo en el escorzo
de la oración y de la redención,
en la temperatura de la piedra,
en el granito, el cuarzo,
en el latido en llama
con una ciencia de erosión pulida,
de quietud de ola en vilo, de aventura,
entre refugio y soledad,
ya con destino, lejos
de un pueblo envilecido. Ahí las escenas
de historia, teología, fauna, mitos
y la ley de la piedra, poro a poro,
su cicatriz en cada veta ocre
en cristalina orientación sin lluvia
hacia el viento del este.
No hay espacio ni tiempo; el sacramento
de la materia.

¿Y qué voy a saber si a lo mejor mañana
es nuevo día?
Cuánta presencia que es renacimiento,
y el resplandor de la renuncia, el ancla
del piadoso naufragio,
y la ilusión de libertad, el vuelo...
Adivinanza, casi pensamiento
junto al hondo rocío
del polvo de la luz, del misterio que alumbra
este aire seguro,
esta salud de la madera nueva
y llega germinando
hasta el polen sin prisa, bien tallado
en la jara quemada.
Es la gracia, es la gracia, la visión,
el color del oráculo del sueño,
la corrosión, el hueco
de la inocencia, de lo que se graba
en el centro del alma, el equilibrio
de tanta pesadilla,
la nerviación de la hoja del laurel,
la locura de la contemplación
y cuántas veces maldición, niñez
entrando en cada vena con sorpresa.
¡El manantial temprano y el lucero
de la mañana!
Sí, placer, lujuria, ruin amparo
de la desilusión, el roce
de mis alas pesadas, tan acariciadoras,
muy entreabiertas, cuando
ya no hay huída ni aún conocimiento
antes de que ahora llegue
el arrebol interminable. ¡Día
que nunca será mío y que hora entra
hasta en la flor de la carcoma, hasta
en la rama débil tras la poda seca
de mi aventura hacia la oscuridad!
¿Viviré el movimiento, las imágenes
nunca en reposo, como estas olas sin nido,
ya sin mañana y sin ocaso siempre?
¿Y si la primavera es verdadera?.



P/A. "Zamora". Para Claudio Rodríguez, poeta y amigo, desde este Duradero río de nuestra amistad. Pedrero 91.97.

CLAUDIO,ELIOT Y BAUDELAIRE PASEAN AL ATARDECER POR LA TIERRA DEL VINO

COLLAGE I: L'AME DU VIN

No, no hay nadie. Est-ce que l'áme du vin chantait dans les bouteilles?
No hay nadie, no, no hay nadie. Bajo la chepa de los surcos canta
la preñez de los trigos. Apenas perceptible tiembla el tiempo (viejo
como un castigo de su misma estulticia), silba un gorrión
que es aladrada, limo, espacio y una tarde inocente mata al día.
No hay nadie, no: el silencio vacío donde duermen las dalias. La ciudad ideal

lejos,muy lejos,
la terca
despedida
del sol.

¡Rojiza tierra ésta del poema! Curtidos sembradores: el puritano Thomas, Thomas
Stearn Eliot, convirtiéndose; Charles Pierre Baudelaire, el parisino, manchándose de barro
los botines, de Jeanne Duval y opio el corazón. ¡Rojiza tierra ésta
del poema! Ah, sí, ¿recuerdas, Claudio?: había sangre siempre
en la puesta del sol: L'homme ivre d'une ombre qui passe. Cielo arcilloso, la paramera,
el páramo encendido. Y callados los robles, la encina que conserva más un rayo de sol
que todo un mes de primavera. ¡Qué cosas! ¡Hay que ver! Como la crueldad de abril
en el entierro de los muertos, y no es el mes de abril el más cruel, sí el más impuro.

Todo debió empezar en cierta carretera de chopos, rectamente dorada,
en una meditación como de otoño en una historia triste, en cierta carretera
llena de azul inalcanzable encima: Siempre la claridad viene...¿de dónde? La claridad,
¿de dónde? O acaso no hay principio ni lugar ni esperanza y el puro azul que nunca se viola
estaba aquí, cantaba entre nosotros, dentro, dentro, quemando, haciendo amor, sabiduría
o ruido de las águilas del Duero o brisa o aire, que allí sí que pusiste
la voz para que todos la supieran, la poseyeran. ¡Qué cosas, ya te digo! ¿escuchas, Claudio?

Buenas tardes, Don Carlos, Bon soir, Mister Eliot, Good-evening, Good-evening,
ah, Señores poetas, partons à cheval sur le vin pour le ciel.

COLLAGE II: EAST COKER

Nombrar cosas, nombrar vida. Como magia, así el cántico, la posesión, pues mio
es aquello que nombro, se representa en mí y en mí subsiste y la nada
es silencio, es la muerte vacía quand le ciel bas et lourd pèse comme un couvercle,
et de longs corbillards, sans tambourds ni musique, défilent lentement dans mon âme,
dans notre âme...ah, entonces, después, ya para nunca.
Pero siempre, Sir Stearns Eliot, la POESIA importa. Especialmente andando por las tierras
del vino, nunca tierra baldía, nunca The waste land acaso. El duro acontecer por los senderos
de la no realidad: Tierra del Vino, tierra de un vino que jamás se ciega,
vino varón y encinta, amadamado, terso como horizontes y llanuras profundas
et deserts qui nous rend trionphantes et semblables aux Dieux,
todo a pesar, todo además, así de esta manera. Ya nadie lo va a agriar pues ya no hay nadie.

COLLAGE III:PROFANACION DE LOS LABERINTOS DEL CONJURO

Pienso en las cosas que se han ido: los pájaros, los vientos, la quimera, pienso
en las cosas que se han ido, ¡cuántas!. Cuántas se van y aún sigue atardeciendo.
Eliot invita, Baudelaire señala. Alta sólo es la voz que amistad busca.
Y ellos pasan, en paz, por nuestro espíritu. Y ellos pasan, en paz, por esa trocha,
por esa senda donde herró la vida, marcas y más, estigmas, hematomas, roderas
del dolor, silencio hirviente. ¿Somersetshire, Toro, Paris, Morales? La tarde cae
tranquila como un halda sobre todos nosotros. No se te olvide, Claudio,
hay que nombrar las cosas si no mueren
perdiéndose en el mar, en la marea.
Hay que denominarlas e indagarlas
mientras que ya la noche hace su asomo
y muy borrachos vamos a estas horas
y en los tesos oscuros de Valverde
un calandrio es la luz por las encinas.

J Hilario Tundidor

TIESTO DE AZALEAS

A Clara y Claudio

DEL DON DE LA EBRIEDAD AL DON DE LA EVIDENCIA

I

Madrid levanta sus finos dedos de luz. En el Paseo de Maria Cristina hay un murmullo de soldados que, en formación, esperan el instante de romper filas. El sol se mira en las hebillas relucientes de los correajes, en el charol de las botas recién estrenadas, en la sorpresa de tantos ojos inocentes.

De pronto suena una voz. Y un ruido de palomas estalla en el aire. El aleteo de las amplias mangas de las guerreras caquis suena como una música, a abrazo, a encuentro, a despedida.

—¿Sabes que hay un Premio Adonais entre los "nuevos"? Se llama Claudio Rodríguez. Es de Zamora.

II

A la mañana siguiente, mi voz recorre una por una todas las dependencias del convento patriótico: Sube a las oficinas, baja al patio, desciende a los calabozos, entra en los dormitorios, preguntando siempre lo mismo:

—¿Quién es Claudio Rodríguez? ¿Quién es Claudio Rodríguez? ¿Quién es Claudio Rodríguez?

De la profunda soledad del refectorio surge primero una voz.

—Yo.

Y detrás de la voz avanza una figura imprecisa en la distancia, cada vez más clara a medida que se acerca.

—Yo.

Avanza lenta, como quien tiene prisa por llegar seguro. Es alta; se balancea suavemente como si la brisa le empujara leve una vez por un lado, otra vez por otro.

—Yo

Su rostro es ligeramente ovalado, la cabeza pequeña y desnuda, un poco echada hacia atrás como si quisiera recuperar el fino cabello que unos días antes le arrebataron unas voraces tijeras.

—Yo.

En su mirada se ve un aire de inocencia desconfiada, de sorpresa ingenua, de temor candoroso.

—Yo.

Le doy la mano como quien toca el aire, sin brusquedad para no herirlo; como quien açaricia el agua, sin violencia para no romperla; como quien palpa la luz, despaciosamente para no deslumbrarse.

El me tiende la suya de fuerte muñeca, de ancha palma de pelotari, de dedos cantarines.

—Yo.

—Me han dicho que eres poeta.

III

El cielo sobre las cumbres del Guadarrama tiene más estrellas. En las noches claras, sobre todo si es primavera, se vislumbran como luces tibias que mirasen hacia la tierra buscando algún recuerdo. Son luces de acompañamiento para el que anda a oscuras mirando el suelo. Y luces de claridad para el que escucha el ruido de la brisa por encima de los chopos camineros.

Al fondo del cielo se ve la estrella más lejana. Claudio Rodríguez se echa a andar en su busca. Y mientras anda, el ruido de la noche le hace evocar los campos de su Zamora natal.

Par les soirs bleus d'été, j'irai dans les sentiers...

En el aire los caminos se multiplican. Son sendas de música que nacen del ruido de las estrellas.

...Choisirai-je le Nord
ou le Pays des Vignes?...

le preguntan susurrándole al oído. Claudio Rodríguez no contesta y sigue caminando. **Sigo. Seguir es mi única esperanza.** Ante sus ojos, como en una visión, aparecen crecederas espigas, ruido de alas, semillas florecientes, sazonados frutos, voces, recuerdos, traiciones, arrepentimientos. Y una lluvia azul que hace florecer el mantillo de los campos.

Todo es nuevo quizá para nosotros.

Y sigue caminando. En la cima de los montes brilla una estrella con luz cegadora, detenida sobre Miraflores de la Sierra. Y Claudio Rodríguez sigue caminando, mientras canta:

Que mi estrella no sea la que más resplandece
sino la más lejana.

IV

Han transcurrido muchos años. La sorpresa de la mirada se transforma en penetración. Los ojos son los mismos. Pero ya no se mira desde fuera. El cristal del agua ha dado ya todos sus reflejos. Ahora se mira desde dentro del cristal, desde el agua misma, para conocer la naturaleza de las cosas.

Y se pone a mirar la viga de un mesón, o su ropa tendida, o al Duero, o al pinar, o a la nube aquella. ¿Dónde está la correspondencia entre la mirada y la certeza en el mirar?

Un vuelo de palabras surge, rodeándole, y él las quiere apresar. Pero las palabras huidizas se ofrecen y se niegan, se insinúan y escapan. Claudio Rodríguez pregunta a Eugenio de Luelmo qué es lo que está pasando. Y Eugenio, **oliendo a cal, a arena, a vino, a sebo,** le habla como el viento de primavera. Claudio Rodríguez parece entender y se retira. Ni cerca ni distante. Simplemente se retira.

Las palabras, como un susurro de abejas que sonara, vuelven a ofrecérsele. Esta vez abiertamente, generosas, sin doblez. Y Claudio Rodríguez, despacio, muy despacio, despacísimo, las mira girar en torno suyo. Y, de pronto, las nombra, las numera, las ordena, las pone en fila. Les dice:

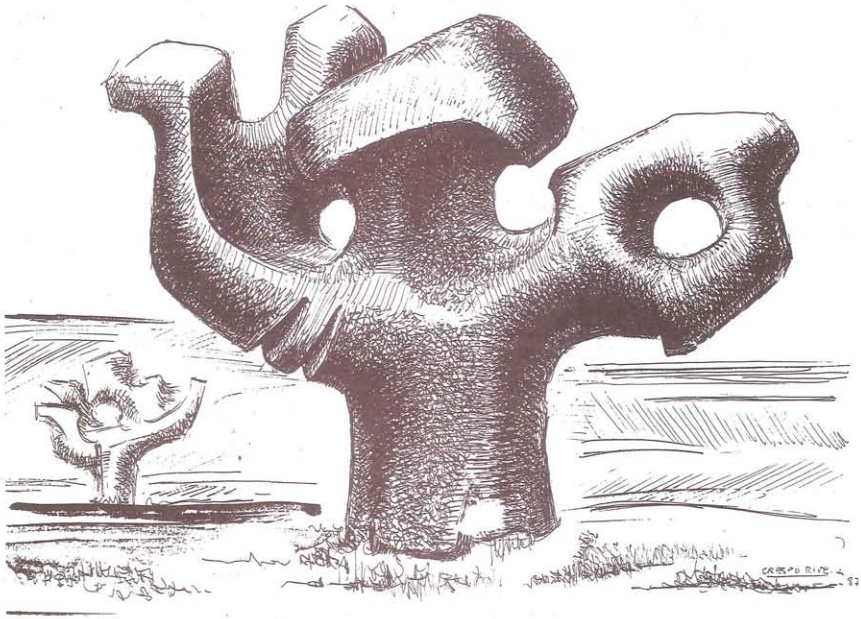
—**Tú, sí; tú, no. Tú, sí; tú, no. Tú, sí; tú, no.**

En realidad ha elegido casi todas. Pero por algunas siente especial predilección. Sobre todo por aquellas que son humildes, formadas por el uso en el trabajo del hombre, o las que nacen en torno a las amapolas cuando llega el buen tiempo, o las que sostienen el dolor y la desesperanza entre sus letras, o aquellas otras que apenas dichas dejan en el aire un vacío de ternura irreparable.

Claudio Rodríguez, con sus amigas las palabras, despacio, muy despacio, despacísimo, sigue caminando, mientras reflexiona:

Es el tiempo, es el miedo
lo que más nos enseña
nuestra miseria y nuestra riqueza.

La ebriedad creadora se ha transformado en hondo conocimiento de la realidad. En pura evidencia.



JBenito de Lucas

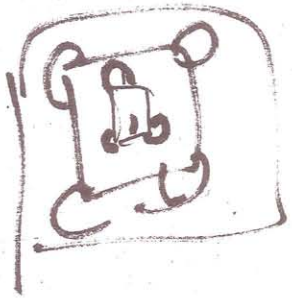
Es algo vascongado y farolero...
Se le ha ocurrido un negocio genial:
Romper, atomizar El Escorial
y convertirlo en piedras de mechero.

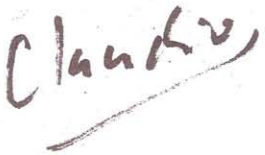
Quiere ir a China en traje de torero
(quién duda de su vista comercial)
y aficionar al público oriental
a los churros, al mus y al cante ibero.

Pelotari, pirófago, taurino...
Canta zarzuela y coplas de la tuna
con vozarrón de fraile capuchino.

Y dibuja monásticos tazones
donde las brujas hacen sus cocciones
y en donde el rey del humo desayuna.

"La lechuza"



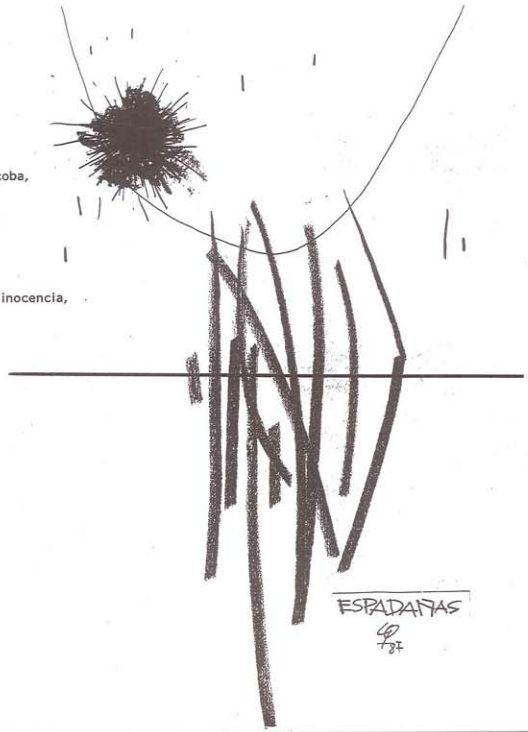


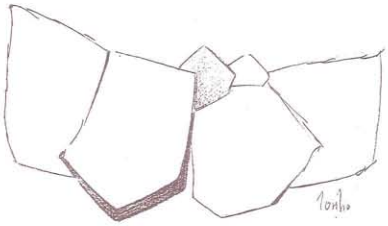
NACIMIENTO DE LA PALABRA

(El poema)
A Claudio Rodríguez,
en su homenaje.

En el blanco papel la luz dormida
como un atardecer. Se pone el sol
de la palabra humana, y es un sueño
de dulzura, un latido
venial, un compás
ordenador, golpe jerárquico de sombra,
trueno de majestad.
¿De dónde llegas tú, la inesperada
repetición de mi vivir,
sílaba padecida, entretejida,
cosida en carne de dolor, y sin embargo
silbo de eternidad? De dónde llegas,
gorjeo de dulzura
suavísima, sufrimiento que cantas en mil voces oscuras
resplandeciendo. ¿Eso eres tú, poeta, eso, tú, hombre?
Para ello
fue necesario acaso
el camino de la amargura por el robledal, el roquedo después y la
siesta, el pesado gemir
en la noche,
la catástrofe
casi inmóvil de la experiencia, la quieta aventura.
Pero de dónde llegas, desde dónde
reiteras el entero vivir, su contumacia,
su honda querencia.
Era todo un volver como piadoso, un retornar
pautado y más dulce,
un pasar hacia atrás
la página, y hallar otra vez,
de manera distinta,
el saludo, el encuentro, la desolación, el placer.
Y realizar el bien, el mal, como en sueños, sin darse cuenta,
o en interpretación falseada
por el interés, la codicia, el amor.
No era el estupefacto dolor exactamente lo que volvía
con lentitud en la tarde, por el otro lado de la ladera,
sino más bien su reconocimiento,
su astucia,
su estrategia de sombra,
su deplegada minucia
gigantesca,
sus enormes mapas de atlántica pormenorización,
sus aguas abisales, sus pausadas ballenas,
sus descomunales porqués, sus anchurosos cómos.
Repetición de cada cosa que a su lugar tornaba
nuevamente,
igual que en algún escenario,
cada día,
poco antes de la representación,
vuelve a su sitio como por milagro
el tintero intacto que se quebrara ayer, y en la alcoba,
estaba alegre de nuevo la pareja
disuelta, el roto anillo.
Pero todo tornaba sin monotonía,
sin censura o reproche,
sin queja,
con el dedo en los labios reclamando silencio,
pues de pronto cantaba algo en la sombra,
y empezaba a elevarse, a difundirse, con modesta inocencia,
suavemente un perfume:
la tolerancia del significado,
la absolución final.

C Bousoño





PRESENTACION DE **EL VUELO DE LA CELEBRACION**

Ahora que ya no soy joven (quiero decir, que casi no soy joven) he tenido que buscar en unos años atrás (mejor dicho, he tenido que rebuscar en un montón ya de años) mi primer conocimiento de Claudio Rodríguez. Vivía yo en Valencia; debía correr el año 1953. Hace un frío, pues, de veintidós años. En uno de aquellos números, entonces siempre tan esperados, de la revista Insula, venía un poema que me tomó por sorpresa y que me dejó turbado; pues así nos deja siempre la milagrosa aparición de la verdadera poesía, cuando además la gustamos en la primera novedad de su voz. Turbación, y arrebatado entusiasmo. Aquella poesía no se parecía a ninguna otra. Recuerdo que, cuando el libro salió a la calle, compré y regalé varios ejemplares. Era yo todavía un adolescente, y nada podía haber más hermoso que participar la poesía a aquellos que conmigo la amaban. Su autor hacía uso de un apellido llano y solidario, al que precedía y acompañaba un nombre imperial e individualizado. Y ahora pienso cuán bien se corresponden esta poesía y la firma que le da autenticidad y verdad. Había, en la súbita aparición de este poeta, un dato para mí especialmente significativo: su jovencísima edad, aún menor que la mía. Quiero señalar con todo ésto que fue Claudio Rodríguez, entre los poetas de mi generación, el primero que se dió a conocer con tan rotunda firmeza (a la vez que con tan milagroso temblor), y lo hacía con un libro que podía señalar un cambio de rumbo en la poesía de la posguerra. Por todo ello fue Claudio, durante muchos años, el abanderado de la nueva poesía (porque siempre ha habido, mis jovencísimos poetas, una nueva poesía), y ésto que digo ocurría así en Madrid, en la década de los cincuenta. (No tengo datos sobre Barcelona).

Cuando vine a esta ciudad conocí personalmente a Claudio. Pero la amistad no llegó a enraizarse profundamente sino a partir de mi primer año inglés. Iba yo de lector a Oxford, y esas mismas funciones cumplía Claudio en Cambridge. Fueron seis viajes inolvidables, por rutas siempre distintas, y a estos largos trayectos se unían los más cortos y más repetidos de las dos ciudades inglesas, o al intermedio Londres. Mi verdadera casa en Inglaterra, aquel año, fue la de Clara y Claudio. Este relato de nuestra amistad viene a cuenta de algo que importa para la presentación de esta poesía. En aquellos viajes, que duraban al menos dos días de continuada convivencia, iba conociendo a la persona y, al mismo tiempo, descubriendo al poeta; mejor dicho, en dónde se originaba la verdad del poeta. Una vez en la observación imprevista del movimiento de las hojas de un árbol que se nos perdía, y rompía el silencio del viaje para adentrarse en el secreto interior de aquella realidad, que a mí me parecía tan hermosamente marginada; o acaso prorrumpía en la exaltación de la visión de Castilla, y enumeraba todo el pormenor y la delicadeza. Iba yo descubriendo que la poesía de Claudio era exacta correspondencia de la mirada que dirigía al mundo exterior, y que la visión que comunicaba en sus versos era el cotidiano descubrimiento de ese mismo mundo. Lo que ocurre es que a Claudio le interesa de él lo secreto, y el hombre, que es comúnmente ciego, no se esfuerza por ese casi imposible ver. He ahí la tarea del poeta. Lo que en estos versos nos parecen iluminaciones no son sino la continuidad del asedio, la penetración audaz, y sin desaliento, en el cerco de la realidad.

Algunas veces, rodeados de la íntima luz de las tardes inglesas, me leía sus poemas. Y después yo los tenía en mis manos. Me admiraba ver hasta diez y doce versiones de uno mismo, guardados como diversas posibilidades de su crecimiento, y en alguna de aquellas variantes, en el devenir de lo que aún no era visible poema encarnado, existía una palabra solitaria, rodeada de silencio o de expectativa (los versos en blanco), salvada ella sola de la absoluta mudez. Aquella palabra era el núcleo de la significación que habría de sobrevenir, el nudo de un mayor descubrimiento. En este poeta parece que el secreto que tantea la poesía sólo puede ser desvelado por la palabra revelada. Pero yo supe entonces que unas veces, quizás las menos, él se la encontraba, pero otras muchas la palabra había sido tenazmente buscada, con idéntico dolor y gozo esforzados.

El poeta sólo ha publicado, en todos estos años, tres libros. Y puesto que se trata de una poesía que expresa la propia experiencia humana, siempre habrá que esperar a que el tiempo la renueve o enriquezca. Y ésto vale tanto para la experiencia del dolor o del goce, como para la interior experiencia del conocimiento. Han pasado diez años -una muy larga pausa- desde la publicación de **Alianza y condena**, su anterior libro, y ahora se nos ofrece éste de título tan hermoso: **El vuelo de la celebración.** La obra poética de Claudio es sumamente unitaria, pero de evidente evolución y cambio en cada uno de sus libros. Es ahora, con la lectura de este último, cuando se nos permite ver que el estilo definitivo de madurez, estaba logrado en **Alianza y condena.** He aquí un ejemplo válido que nos enseña cómo un libro valora, retroactivamente, a otro. Recordemos que esa misma definidora luz arrojó sobre **Las nubes**, en la obra de Cernuda, la aparición de **Como quien espera el alba.**

Es Claudio Rodríguez poeta de la realidad profunda. Y en esa realidad ocupa un lugar primerísimo la materia, o los elementos de la naturaleza, y de ambos escoge ejemplares que, en la relación que alcanzan con los hombres, podemos considerar humildes; así la arena, la amapola (a la que canta inefablemente en la madrugada, antes de la luz), la amarra marina, un ciruelo silvestre, unos papeles callejeros, una lágrima, un perro, el agua. Nos los entrega transfigurados. ¿De qué modo?. Hace de ellos una descripción demorada, sorpresiva y fiel de su condición primaria y material, y a la vez analiza a estas criaturas como portadoras de valores psíquicos o espirituales; nos las desvela humanizadas. Y

ambas cosas en urdimbre compacta. Así, la arena: "la vanagloria oscura de la piedra/ héla aquí: entre la yema/ de mis dedos,/ con el susurro de su despedida..."/ /"tan desnuda y tan desamparada,/ tan acosada,/ nunca embustera, fértil,/ con sumisa libertad sin fruto". Es una realidad que al hombre se le presenta silenciosa, y es, paradójicamente, cadencia, armonía. Estamos ante una **música callada.** He ahí el misterio, el secreto encerrado. Se trata de acercar los sentidos a esta música, descubrir la vida más honda, desvelar el secreto. Y cuando éste al fin se nos entrega he aquí el milagro, la revelación. Démosle nombre: la **inocencia.** Tan necesaria, porque una vez habitó en todo hombre; la materia, la naturaleza, no la pierden. Por ello, cuando una vez llame ladrón al sudor, añadirá: "ladrón muy huérfano" (es decir, inocente). Vemos ahora claramente el por qué de la elección de elementos humildes. O por qué a veces canta a un cuerpo de mujer, a una niña, o el sexo, del que categóricamente dirá: "Ahí mismo: en la oscura/ inocencia". Repitámoslo: el secreto de la realidad que le interesa al poeta desvela inocencia. Siente entonces "la alegría del conocimiento"; por ello esta poesía tiene tantas veces un tono jubiloso; nos lo ha dicho: "miserable el momento si no es canto".

También existen otras realidades que percibimos sin cuerpo, y que, al igual que las materiales, tienen un secreto, una armonía interior. He ahí el viento, el miedo, noviembre, la mirada, la sonrisa, la luz, la voz (la voz -elemento puro-, no las palabras -que mienten-). El poeta procede dándoles carnadura, las materializa, porque sólo en la materia puede penetrar la contemplación. Da cuerpo, resurrección, a lo inefable. Así la herida interior del ser la transforma en flor. O ese "viento sur, salino,/ muy soleado y muy recién lavado/ de intimidad y redención, y de/ impaciencia". De nuevo conjuntas la descripción física y la humanización. El viento es claridad, conocimiento: "conocimiento mío a través de/ tanta materia deslumbrada por tu honda/ gracia". Nos ha dado la transposición del destino de la poesía al del viento. La manera de situarse ante el mundo es de comunicación amorosa.

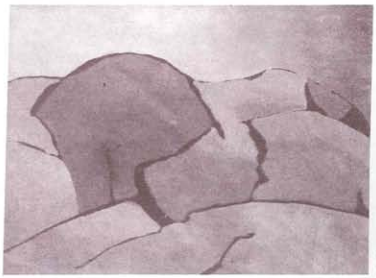
Hay en estos poemas una entrega ejemplarizadora de los valores más profundos de la vida, y estos valores son los que nos ofrece intactos la materia o la naturaleza, y que en el hombre se corrompen. Dijimos inocencia; añadamos libertad, veracidad (dice al ciruelo: "tú nunca prisionero o traicionero"), emoción, claridad, destino, gratitud, salvación. El poeta "contempla" para así alcanzar el secreto de la realidad, para encontrar el provecho del encuentro con la verdad. Es, como la de esa mujer que irrumpe un mediodía en Avila, una "mirada provechosa" porque "hace pura la vida". Hay en Claudio un primitivo incontaminado; mejor dicho, la nostalgia de ello, o la esperanza de tal retorno. Pero Claudio no es ese primitivo; es, como todo hombre, un desterrado. Mas no se resigna.

LLeguemos a una última conclusión. Es Claudio Rodríguez sin ningún tipo de confesionalidad, el poeta más genuinamente religioso de su generación. Es la naturaleza, la realidad material, el camino de salvación del hombre; el poema nos señalará ese camino al entregarnos la comunión con las cosas. Es la gran consolación de la vida, pues es siempre afirmación, contentamiento. Hay que luchar contra la desesperanza, salvar la vida. El mundo y las cosas nos salvan por el hecho de existir. Poesía de ascensión a la luz, "tan misteriosa y tan sencilla", (y por eso verdadera). No puede extrañar que en poesía de tal índole aparezca la invocación, el susurro del rezo, la jaculatoria. Y percibimos que el cuidado de la palabra, la abundante repetición de ciertos vocablos, alcanzan una trascendencia que pudiéramos calificar de "sagrada". Hay un espíritu de evidente franciscanismo, pero la palabra se nos entrega con cierta solemnidad ritual; lo hemos dicho antes: como "sagrada". Claudio oficia la poesía como ungido, y tiene por ella el fervor creyente del sacerdote.

Cierta mañana, debió ser en una taberna de pueblo castellano, encontró el poeta a uno de esos viejos que tan extrañamente le conmueven; mas esta vez con entera justificación. Dice que nunca sabrá su nombre, pero yo sí lo sé, y lo revelo: aquel viejo era el mismo Claudio Rodríguez. Veréis. Entró, y dijo: "hay un sonido dentro del vaso". Indicaba a los presentes que él oía la música que clausuraba el vidrio. Nuestro poeta debió sentirse, y con razón, muy desazonado, y quiso conocer si había superchería. Le espetó, para desconcertarle: "¿de qué color?". Y la acusación inmediata: "estás mintiendo". El viejo, sin inmutarse, realizó una extraña operación: "sacó un plato pequeño y dibujó en la entraña/de la materia,/ con sus uñas maduras,/ con su aliento y el humo de un cigarro/una casa,/ un camino de piedra estremecida,/ como los niños."/. El poeta, puesto que ha visto, calla, ya que ha recibido la prueba de la verdad. Nos lo ha dicho: "como los niños". Aquel ser, como salvado de un milagroso naufragio, vivía en la inocencia. Estaba hecho de la misma materia de aquellos papeles voladores de la calle, que se iban "con sonrisa y con mancha"; es decir, vividos, pero inocentes. Volvió a tomar el viejo la palabra: "¿Ves?/¿no oyes el viento de la piedra ahora?". Con certeza los dos lo oían. Se despidió: "Adiós./ Yo soy el Rey del Humo." Bien. Aquí está con nosotros, esta tarde, el Rey del Humo. Y vamos a oir el sonido del vaso, el viento de la piedra. Celebraremos con él el alto vuelo de la poesía.

*Este texto corresponde a la presentación del libro "Vuelo de la celebración" en el Aula de la Tertulia Literaria Hispano-Americana (Mayo de 1976), que dirige R. Montesinos.

F Brines



Felicidad Rodríguez

Ballet del Papel

Y va el papel volando,
con vuelo bajo a veces, otras con aleteo
sagaz, a media ala,
con la velocidad tan musical,
de rapiña,
del halcón, aquí, por estas calles,
cuando la tarde cae,
y se levanta el viento, del oeste,
aún [illegible] te, el enjambre,
la entraña de la danza, la simetría de la miel
las limpias cabriolas de una hoja de periódico
de esta semana
el [illegible] de una hoja de periódico,
las piruetas de un papel de estraza,
la silueta de las servilletas de papel de seda,
y el cartón con pies bobos,
todos los envoltorios,
con cuerpo ágil, tan lide y tan usado,
con la soltura de la soledad,
bailando todavía este momento,
antes de arrodillarse en el asfalto.

Va anocheciendo, y vivo de esta armonía
fugitiva: la canción que ahora
es oración, y los labios vendidos
con la saliva, con el sello sin señas:
el tropiezo el caer del pasoso
la madeja del rodo
y el pulso,
las venas del papel, a los
nubes

Grosella oscuro, y danzan, con sonido
muy a mano,
y la palpitación, el pliegue (los pliegues)
y el polvo de la música querida.

Veo el papel casi emprendiendo el vuelo
bajo este cielo que no tiene nombre,
meciéndose, sin las alas cerradas,
sin destino, sin nido,
junto al lachrillo muy cercano, aquí
mientras se va alejando la armonía muy delicadamente,
de puntillas, ligera, muy descalza,
con sonrisa y sin mancha.
(con)

a nuestros pies,

PALABRAS PARA CLAUDIO

Conocer tu obra es quererte. Leer tus poemas es compartir tu grado de amor, tu humano acento. Cada palabra, cada idea, cada imagen se abre ante nosotros como **mañana con alas** para dejarnos las **sigilosas huellas de tu hondura.**

Busco. Encuentro estos dos poemas cuyo destino es una misma ternura. Perfiles de mujer con olor a sueño. Penumbra y luz dividida en un mismo universo. Como **recién llovida** nos llega tu palabra y nos fecunda, y nos habita y nos da fruto.

Todo es claro en tu verbo, como es clara la sombra que siempre te acompaña. Gracias Claudio.

MIENTRAS TU DUERMES

Cuando tú duermes
pones los pies muy juntos,
alta la cara y ladeada, y cruzas
y alzas las rodillas, no astutas todavía;
la mano silenciosa en la mejilla izquierda
y la mano derecha en el hombro que es puerta
y oración no maldita.

Qué cuerpo tan querido,
junto al dolor lascivo de su sueño,
con su inocencia y su libertad,
como recién llovido.

Ahora que estás durmiendo
y la mañana de la almohada,
el oleaje de las sábanas,
me dan camino a la contemplación,
no al sueño, pon, pon tus dedos
en los labios,
y el pulgar en la sien,
como ahora. Y déjame que ande
lo que estoy viendo y amo: tu manera
de dormir, casi niña,
y tu respiración tan limpia que es suspiro
y llega casi al beso.
Te estoy acompañando. Despiértate. Es de día.

AHI MISMO

Te he conocido por la luz de ahora,
tan silenciosa y limpia,
al entrar en tu cuerpo, en su secreto,
en la caverna que es altar y arcilla,
y erosión.
Me modela la niebla redentora, el humo ciego
ahí, donde nada oscurece.
Qué transparencia ahí dentro,
luz de abril,
en este cáliz que es cal y granito,
mármol, sílice y agua. Ahí, en el sexo,
donde la arena niña, tan desnuda,
donde las grietas, donde los estratos,
el relieve calcáreo,
los labios crudos, tan arrasadores
como el cierzo, que antes era brisa,
ahí, en el pulso seco, en la celda del sueño,
en la hoja trémula
iluminada y traspasada a fondo
por la pureza de la amanecida.
Donde se besa a oscuras,
a ciegas, como besan los niños,
bajo la honda ternura de esta bóveda,
de esta caverna abierta al resplandor
donde te doy mi vida.
Ahí mismo: en la oscura
inocencia.

doxa y episteme

LA ALTA HUELLA DE PLOTINO EN CLAUDIO RODRIGUEZ

Claudio Rodríguez, como otro poeta castellano, Jorge Guillén, es un poeta de la luz y el aire. Ya desde el primer poema de **Don de la ebriedad** con su "claridad"(1) que viene del cielo hasta el último poema de su cuarto libro, **El vuelo de la celebración**, con su "luz...crucificada"(*260), sus poemas ofrecen a menudo la iluminación de la meseta, y en un poema, "Una luz", es el centro del discurso poético. De igual manera, el aire pronto se hace tema cuando el poeta pide "dad al aire mi voz"(*40) y se hace motivo del poema que abre **Conjuros**. Un maravilloso texto en el que el campo, los hombres y las cosas respiran a Claudio y todo el aire del ambiente y el donaire del entorno le levantan su "conjuro...el del aire"(*70). Que el último poema publicado en el libro se acerca a este elemento con agradecida ternura, "ven tú. Eres todo."(*259), sólo reafirma la confianza en el aire y los vientos a través de la obra.

Pero en el primer poema de **Conjuros**, cuando habla del "riego del alma"(*69) nos lleva a un plano espiritual que refleja no sólo la solidaridad de los hombres sino también la unidad del universo. Común aire, o "aire nuestro"(2) diría Guillén en su primer poema de **Cántico** de 1928, es el que comparte el poeta respirando: "Soy vuestro. Sois también vosotros míos." Hay una nota metafísica después cuando las rosas se aumentan "su juventud al entregarse." El siguiente imperativo aclara el sentido de entregarse: "¡Abríos a todo!"(*69-70). La pertenencia entre los hombres se duplica en cierto modo entre las cosas, se realizan en darse. Rodríguez reserva esta noción más bien para elementos de la naturaleza. La nube se da en una forma especial: "Entrega,/palabra pura de los cielos. himno"(*103), y después, la espuma(*151), la nieve(*159), la roca(*161), el agua(*229), y el poeta mismo en su amor por la luz mañanera de noviembre(*231).

Sin embargo, la idea de entrega es sólo un sinónimo para la relación entre los seres y las cosas del universo. La alianza que forma parte del título de la tercera colección, es otra, pero esta unidad se reserva también para la naturaleza, una relacción inspirada por el viento de primavera(*153), el aire y luz de la meseta(*164; si se toma "oro de alianza" como metáfora del sol) y un olor(*179), y no se la encuentra en "una paz sin alianzas"(*180) del amor. Para comprender el sentido de entrega y alianza en la poesía de Claudio Rodríguez hay que atender a su definición del género escrita en 1.963: "Creo que la poesía es, sobre todo participación. Nace de una participación que el poeta establece entre las cosas y su experiencia poética de ellas, a través del lenguaje. Esta participación es un modo peculiar de conocer."(3) No es casualidad que Rodríguez insista en la palabra participación ni que ésta se asemeje a entrega y alianza, ya que el lenguaje en sí refleja el contacto entre el poeta y su mundo, incluyendo los elementos naturales. Ahora, veinte años más tarde de la introducción de **Desde mis poemas** presenta una definición parecida: "la poesía, entre otras cosas, es una búsqueda, o una participación entre la realidad y la experiencia poética de ella a través del lenguaje"(*13). La sustitución de "las cosas" por "la realidad" sugiere una actitud más filosófica, y la "búsqueda" junto con una declaración de que los fines de la poesía son una "meta imposible" de lograr(*13) implica un deseo espiritual y un perfeccionamiento inalcanzable.

La fuente de su inquietud nos la revela el mismo Claudio: "Cuando Plotino reflexiona acerca de la 'llamada Naturaleza es un alma, producto de un alma anterior que poseía una vida más potente...', nos puede llevar a lo que llamaría la presencia de las cosas y de su interpretación a través de la palabra, junto al canto"(*14). ¿Por qué vuelve el poeta sobre su definición de la poesía cuando habla de Plotino, ya que la "interpretación" es efecto de la "participación"? Porque la idea de participación va al centro de la metafísica de Plotino y viene a ser el aglutinante del universo. Lo que Claudio realmente lee en la anterior cita de Plotino de la enneada III, tratado VIII, sección cuarta, es la vuelta trascendental al origen. El universo para Plotino se basa en lo Uno del cual el filósofo declara: "Si se emplea ese nombre, es para que el espíritu que busca el primer principio..."(4). Probablemente luz y aire son correlativos objetivos de esta búsqueda del primer principio en Claudio, aunque, claro está, el poeta no es filósofo y no ofrece el lenguaje sistemático y abstracto de éste. Sin embargo, en "Visión a la hora de la siesta", vemos cómo el rayo de sol, luz, que teje primero a su hermana y luego al hombre se convierte en nosotros que tejemos, en nuestras propias vidas, "la camisa de Dios"(*107). Nos hace recordar que Plotino compara el acto de la sensación con el acto de tejer y "el alma desempeña el papel de artesano y el cuerpo el de instrumento" (II.220;4.3.26). A través de una visión de sol sentida, el alma de Claudio en su cuerpo dormido, el telar, teje una visión espiritual de sí misma, porque ya sabemos de "A mi ropa tendida"(*83) que camisa se refiere al alma, y como hemos dicho en el artículo de **Libros** (revista ya difunta), la camisa "deriva de la 'ropa vieja' de Plotino (1.6.7)."(5) El filósofo también infunde el cuerpo con luz que procede del alma: "para el cuerpo, ser animado es ser penetrado de la luz que el alma esparce, cada parte del cuerpo participa en esa luz de una manera particular..."(II.215;4.3.26). Aquí se ve cómo el enlace entre cuerpo y alma es participación. La importancia de este vocablo es cósmica: "el universo es, en efecto, en el Alma que lo contiene y en la que todo él participa..."(II.199;4.3.9). En cierto modo, "la camisa de Dios" nos presenta la relación entre el alma humana y el Alma divina. Y cuando Claudio pide al invierno que saque "fuera de mí lo mío y hazme parte"(*40), nos recuerda al sublime filósofo que escribe sobre el uso de "parte" para cosas incorporales para terminar: "todas las almas, pues que son conformes entre sí, serán con el mismo título partes del Alma que es una e idéntica"(II.187;4.3.2). El hecho de que Claudio utilicé el campo como forma objetiva de su búsqueda no resta de la enorme analogía que tiene su lenguaje con el místico metafísico.

Otro ejemplo del primer principio lo encontramos en los versos "La belleza anterior a toda forma/ nos va haciendo a su misma semejanza"(*62). Si antes creíamos que esta frase se basaba en el **Génesis**,1.27 ("Dios creó al hombre a su imagen") leemos en la enneada 4.3.11 que la naturaleza hace a los seres según las formas que posee y según la semblanza divina, y ocurre que otro texto de Plotino facilitó su elaboración. El filósofo se pregunta cómo Dios puede ser "una belleza determinada" y se contesta que El "Es pues, a la vez el principio y el término de la belleza" y que "lo que El produce no tiene forma..." (IV.89;6.7.32). Hablar de belleza, entonces, es implícitamente hablar de Dios.

El hecho de que Las enneadas fueran libro de cabecera para Rodríguez durante varios años (según su mujer) debe ya darnos idea de que es muy difícil conocer las implicaciones metafísicas de su poesía sin tener a Plotino en cuenta. En la obra de Plotino otra idea va conjuntamente con la participación y también ilumina la poética de Claudio: "Ya hemos dicho que es preciso elevarse hasta el principio que es uno, realmente uno, y no uno de la misma manera que las demás cosas, que, múltiples por sí mismas, no son unas sino por la participación" (III.65;5.5.4). No es sólamente que Plotino afirme que el filósofo está "naturalmente dispuesto a elevarse al mundo inteligible" y "llevado por alas ligeras" (cuantos felices pájaros ha trazado Claudio, declarando PLatón en **Fedro** que el ala es la parte corporal más afín a lo divino (6)); la elevación en sí es un acto moral del alma que se acerca a lo Uno, "elevándose a ese lugar puro de todo mal, se libera de los males..." (II.157;6.9.9). Así se explican varios impulsos hacia la altura en esta poesía de, por ejemplo, montañas que "elevarían" al poeta(*50), la tierra(*79), el cerro de Montemarta(*101) y el mismo poeta que siente la elevación como condición del ver(*235).

En varios momentos Plotino indica que "es lo Uno lo que buscamos, puesto que es el principio de todas las cosas, el Bien..." (IV.144;6.9.1), y esta equivalencia entre el principio y el bien, y su acercamiento que se efectúa por el buen acto de ascender en la contemplación, tenía que haber sido fundamental para Claudio. No es sólo que "la contemplación" para el poeta "entraña moralidad"(*15) sino también que los elementos prestan pureza. Así "somos al aire puros"(*76) y luz y aire asumen una función moral en el universo: "Desmántele/ tu luz nuestra injusticia y nos la ponga/ al aire"(*146). Plotino, a parte de meditar sobre la relación entre luz y aire (4.3.22), describe el rapto de quien ve la luz verdadera, "aquél cuya alma ha sido inundada de claridad al acercarse a esa luz" (IV.147;6.9.4). Que a veces Rodríguez tenga momentos de desilusión cuando la claridad resulta "estafa"(*128) y el aire "trampa"(*247) sólo implica el fallo ocasional de la intuición. Como observa un comentarista sobre Plotino, las intuiciones unidoras "siempre tienen en su interior las semillas de la desilusión que por turno implican una vez más lo estable, lo perfecto, lo finalmente unidor" (O'Brien,31).

El mismo Claudio Rodríguez confiesa que se trata de intuición en su comentario sobre Plotino: "No era consciente... de que la contemplación viva entraña un acercamiento y alejamiento ante el misterio de la realidad y de la posibilidad... del conocimiento intuitivo de ella"(*14). Plotino determina que el intelecto tiene dos potencias:

...con la una, que es la potencia propia del pensar, la inteligencia ve lo que está en ella; con la otra percibe lo que está por encima de ella con ayuda de una a modo de intuición y de percepción: con esa intuición veía primero simplemente; después al ver, ha recibido la intelección y se ha identificado con lo Uno. El primer modo de contemplación es propio de la inteligencia que posee aún razón; el segundo es la inteligencia transportada de amor. Ahora bien, el alma es transportada de amor y florece en una felicidad que colma todos sus deseos, cuando el néctar la embriaga y le quita la razón. Más vale para ella, entonces, abandonarse a esa embriaguez que permanecer sensata. (IV.94;1.7.35)

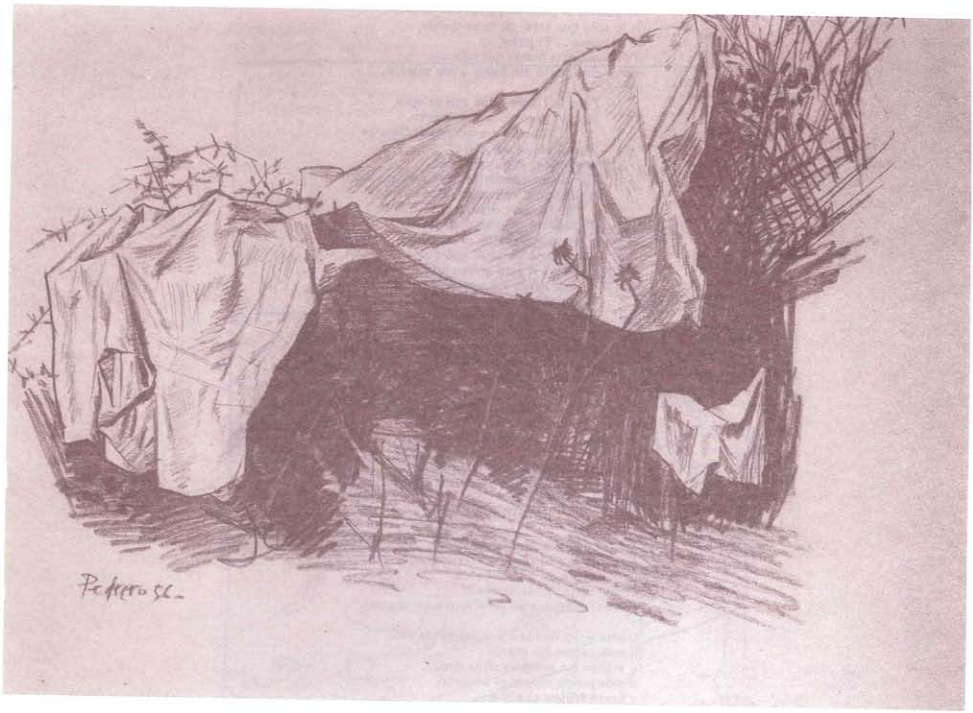
Así se embriagó Claudio para escribir **Don de la ebriedad**. Con un intelecto que "percibe lo que está por encima de ella" vió una claridad "muy por encima"(*33). Y el deseo que describe Plotino de recogerse en un mismo sentido por los hombres que aman a la belleza (I.103;1.6.5) responde a "un deseo ontológico para lo que falta de su perfección" en el centro de toda cosa que existe (O'Brien,21). Este concepto de deseo ilumina su sentido en "Así el deseo"(*34) como explica en cierto modo la intimidad de retraerse en uno mismo de éste y otros poemas. Es también fundamental que para Plotino lo Uno "es perfectamente simple" (IV.149;6.9.5.) y que quien se ve de verdad "se verá... simple, estará unido a sí mismo..." (IV.159;6.9.9). Esta integridad sencilla tiene que ver con la "llaneza" de Eugenio de Luelmo(*143) y lo "llano" de "A todos los santos" de Fray Luis de León(7). Hablando del deseo de origen, lo Uno, en Plotino, O'Brien dice que "indigencia" está en su raíz(21). Así el "mendigo"(*191) de Claudio, y "pobre mesa"(91) de Fray Luis. Y si Plotino describe el universo como "una morada hermosa y varia" (II.198;4.3.9) y las almas como "niños separados de sus familias" (III.5;5.1.1), puede explicar parte de la arquitectura del espíritu, la vuelta a casa(*95,97,145,171,227,231). El toque expresionista hace que el mismo corro de inocencia sea una casa(*229).

Otra fuente de imágenes en la poesía claudiana viene del Renacimiento. Dámaso Alonso señala cómo el "amoroso lance" de San Juan de la Cruz que dió en volar tan alto "que le di a la caza alcance", texto que inspira " la altanería de mi caza"(*39) de Claudio, procede de un poema de amor profano con los mismos elementos(8). También "el ayre del almena"(9) de San Juan pudiera haber dado ejemplo para las "almenas celestes"(*52) de Claudio. Pero más importante quizás es el Fray Luis en la cárcel que se siente "como terrero puesto,.../a cien flechas estoy que me rodean"(86), que movió a Claudio a poner "la vida a mil lanzadas del espacio"(*34), y después, en el contexto de una "llanada hecha espacio", declarar "voy a servir de blanco a lo creado"(*45). Aparte de la repetición de este tema(*52,71,el papel de las golondrinas 89,los tiros,97,117) y el hecho que le hace máximo receptor de los elementos, tiene su contrapartida en las hermosas agresiones de la naturaleza, por ejemplo, la "flota"(*115) y hordas(*115,122) de las estrellas. Plotino vió a los purificados entrar "en el fondo del santuario" (I.106;1.6.7). Claudio ve el traslado de la visión "como a un templo"(*49) y el corro le es "cúpula"(*226). Pero el corro no es "muro" ni tiene "herrajes"(*225). Hasta las imágenes rechazan el legado medieval del miedo o prestan sus antiguas guerras a los inocentes ataques de los elementos. Esta es la mejor poesía social que hay: no arguye en favor de ninguna clase y limpia el alma de todos.

Madrid, 22 de Mayo de 1987

(1) Claudio Rodríguez,Desde mis poemas. Introducción del autor (Madrid:Cátedra, 1983), p.33. Las citas en el texto de esta edición llevan la connotación (*)
(2) Jorge Guillén, "Advenimiento",Cántico-28 (Barcelona: Ambito Literario, 1987), p.25.
(3) Claudio Rodríguez, "Unas notas sobre la poesía", en Poesía última, selección de Francisco Ribes (Madrid: Taurus, 1969), p.87.
(4) Plotino, Las enneadas, trad. J.M.Q. (Madrid: Nueva Biblioteca Filosófica, 1930), vol.III, p.69, enneada 5, tratado 5, sección 6. Las citas en el texto son de esta edición.
(5) Louis Bourne, "Plotino y las hermosas agresiones de C.Rodríguez", Libros, nº25 (Marzo 1984), 3.
(6) Platón, Fedro, citado en The Essential Plotinus, trans. with intro. and comentary by Elmer O'Brien (New York: Mentor Books, 1964), p.184.
(7) Fray Luis de León, Poesía, selección, estudio y nota de J.M.Alda Tesan (Zaragoza: Ebro, 1978), p.77.
(8) Dámaso Alonso, "La caza cetrera de amor", Poesía española (Madrid: Gredos, 1981), pp.242-244.
(9) San Juan de la Cruz, Poesía, ed. Domingo Yndurâin (Madrid: Cátedra, 1983), p.260.

L Bourne



ATARDECER DE AGOSTO

Y algo de mil maneras
y con mil voces lo que no se escucha.
Lo que el hombre no oye. Y toco el quicio
muy secreto del aire, y va creciendo
la armonía, junto con el dolor.
C. Rodríguez

Llama el rosal. Se asoma entre las rejas.
Cómo repica con sus frutos en el cristal...
Algo de gloria tiene la llamada
y algo de sed su diapasón
en este caluroso atardecer.

Y todos más me llaman
con sus voces de fiebre.
Quién pudiera llegar hasta la llaga
de este naranjo hidrópico enjaulado,
llenarlo de azahares,
volverle a su levante...
Cómo decirle al cactus que resista
que pronto llegaremos al desierto...
hablar de primavera a los almendros,
de paciencia a los guindos, a los lirios...
a la parra veloz desenjambrarla,
mudarle la querencia a los conejos
y a la urraca voraz, omnipresente.

En este aullido de quejumbre
no sé si ando perdido o si me encuentro.

¡Quién pudiera espantar a la gaviotas,
hablar con las gaviotas!...

Me cuenta el pozo historias del diluvio
de lo solo que está, de lo profundo
de su hueco... El pozo,
el altavoz más hondo del silencio
como una fuente me habla y me salpica.

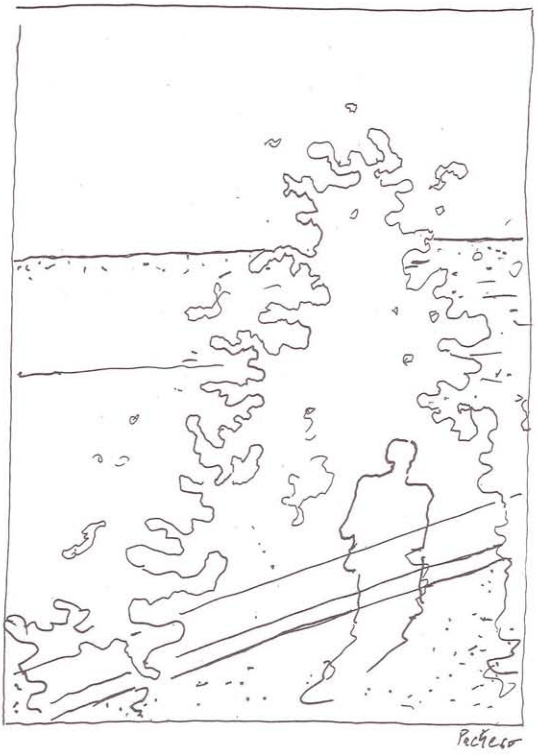
Pero la fiebre cede con el agua
Mozart comienza y oscurece.
Claudio me acerca al Duero
y pasa al pie del alma
lavándola, absolviéndome.
También la angustia cede con el vino.
Claudio me colma el vaso.
Mozart desata la tormenta
("¡¡Rex tremendae majestatis!!")
y la súplica crece, crece...
¿Qué hago yo aquí, qué culpa
me lleva a este arrepentimiento?
Tú que sabes los secretos del aire:
Acércate al gentío, a la tremenda
garganta de la plaza,
al tiple seno de las fuentes,
a las anchas espaldas de las casas
(Escucha lo que cantan,
cómo lo cantan...)

Atiende a los violines
que se aflijen con toda su esperanza,
a la tuba que sabe del sepulcro
pálida, asustada...
al filósofo oboe, a la mística flauta...
y mira al bombardino en su rincón
cómo se apaga:
"¡¡Sál-va-me!!"

Tú has de sacarme del hechizo
de esta mágica trampa sacrosanta.
Estoy al pie de los timbales,
el que dice: "¡¡Sál-va-me!!"
con esa máquina de pena entre los brazos.

Dame en el hombro y múdame de son,
donde salten los mozos
y vuelen las enaguas en la danza,
donde pueda mover el corazón
y corra fresca el alma.

M Romero



CASTRO URDIALES

A Claudio Rodríguez

JUNIO se acerca, paso a paso de oro.
Llama con su aldabón de lluvia cálida.
Alguien deja en la mesa la copa de aguardiente
y la sombra de una manzana.
Pero no hay mano que la tome,
cuchillo que la parta para extraer de ella
una ventana abierta sobre aquel otro puerto,
sobre las calles de piedras azules,
sobre los cuerpos próximos,
sobre lo irrepetible e imposible.

¿Dónde estará la mano, la gaviota
que llegaba volando sobre el mar,
la boca con su zumo de quenepa,
las ojeras felices
que devolvían la felicidad?

El aguardiente tiene sabor a lágrima,
a sonrisa oxidada por la lejanía.
La manzana de sombra se disuelve
en la sombra del puerto -¿éste, aquél? quién lo sabe-.
El aguardiente tiene sabor a nunca más.

J Hierro

DESDE EL MAS ACA

Ultimamente he estado preocupado por la enfermedad de Claudio Rodríguez, pues me dijeron que le habían operado a causa de una ciática izquierda. Los hombres siempre sufren por su lado más sensible. Pero mi preocupación aumentó, y llegué a temer por su salud, cuando me hablaron de los preparativos para hacerle un homenaje y, además, me enteré de que le dedicaban una plaza en Salamanca. Estas noticias me sobresaltaron, no sé, me parecían cargadas de presagios.

Claudio, si lees estas líneas, quiero que sepas que yo decidí hacerte mi homenaje recorriendo, vaso vaso, aquellas tascas que tanto nos gustan, repitiendo una y otra vez: "pon vino tabernero, que paga un tal Vargas" (no recordaba exactamente la frase). Y quiso la fortuna que, casualmente, mientras tomaba una copa en tu taberna preferida, conociera a tu médico, Neurólogo por más señas. Me pareció un hombre arisco y distante, pero que inspiraba confianza. No quise desaprovechar aquella oportunidad; como ya he dicho, yo había oído decir que habías estado enfermo, pero viéndote casi a diario no llegaba a creerlo, porque claro, conociéndote... y, por otra parte, ya sabes como somos tus amigos; de modo que no daba demasiado crédito a todos esos comentarios que -unos queriéndote muy enfermo y otros queriéndote sano-, pero algo cuentista, habían generado tal cúmulo de especulaciones que era difícil conocer con certeza cual era la situación real. El problema, amigo mío, es que el dolor, el de verdad, el que nos desgarra y nos aplasta, ése es intransferible. Sí, eso me dijo aquel Neurólogo. En definitiva, que a uno es al que le duele y los demás sólo lo imaginan. Bueno, pues él me confirmó lo de tu ciática, tan sólo porque era un hecho conocido, ya sabes lo reservados que son estos galenos; añadió que, por lo demás, no había nada que temer pues estabas perfectamente. Esto me tranquilizó.

Ante mi insistencia, y con la ayuda del vino, aceptó, aunque no de buen grado, el hacer algunas reflexiones alrededor del desarrollo del proceso, sólo porque sabía de mi sincera amistad y que ése era el único interés que animaba mi impertinencia. Supe entonces que fue el verano pasado, en Zarauz, cuando sentiste por primera vez aquella cuchillada que laceraba tu pierna izquierda, descolgándose hasta la pantorrilla. Pasado el susto y recuperado, te mostrabas gallardo por ocultar la congoja de aquellos momentos. También supe lo estremecedor del segundo episodio, ya este invierno, en que la pierna dolorida y descomunal había hecho presa en ti, fulgurándote a cada movimiento hasta reducirte a la invalidez, atado a aquel miembro que se resistía a ser desplazado, y cómo tú te revelabas ante esa impotencia con la perplejidad de un niño que, indefenso pero confiado, pregunta: ¿qué me pasa? ¿por qué me duele así? Tu rostro, pálido y ajeno, con el cabello revuelto, había adoptado un aire pueril, interrogando continuamente con la mirada ingenua. No me lo imagino; tú, pelotari ilusorio, torero de fantasía, soñador de palabras, en ese trance. Entonces me explicó él, tu médico, que el dolor adquiere un sentido mágico más allá de lo físico, hundiendo sus raíces en ancestros culturales, y que lo vamos llenando de unos contenidos inconscientes que nos conducen a vivencias más primigenias. La verdad es que el resto ya no lo entendí muy bien. Pero sí comprendí que tu actitud había sido muy generosa, luciendo como enfermo la misma sencillez y grandeza que te caracteriza a diario. Sé que aceptaste el tratamiento sin protestar, incluída la intervención quirúrgica de la hernia del disco L_5-S_1; tú hubieras preferido una cornada en la ingle, ya lo sé. No te importe, las heridas por sí carecen de gloria.

Hoy estás totalmente repuesto, lo que me llena de satisfacción. Felicidades. En tu barrio están contentos; lo adiviné el otro día.

En cuanto a lo del homenaje y la plaza, no sé que decirte; te lo mereces, tal vez te alegre; a mí no sé si me gusta. Me resultará extraño oir decir: "nos vemos esta tarde a las cinco en Claudio Rodríguez".

De eso creo que es más difícil recuperarse. Cuídate.

E Diez Tejedor

Manuela C.Armada

A CLAUDIO RODRIGUEZ

"Claro eso es". La calidad de la materia.
La música de la imperfección.
El sonido de lo irrepetible.
Como la almendra, Claudio, como la almendra;
o bien como aquel pájaro que fui
y un día destrozara contra aquella marmórea pesadumbre.
Sabía volar, creía haber vivido (vuelo en zig zag);
recuerdo una mañana, me eché la vida a cuestas
y aterricé en Mallorca en una playa.
Estaba Clara y tú.
Tú la besabas y Clara reía. (Entre brumas recuerdo).
Aún sigue aquí, carcajada, sonrisa, bruma y beso
guardado en el cajón de la mesilla;
fotografía inútil que ya no tiene son.
Y es así Claudio, como la almendra, Claudio,
la vida irrepetible, pequeña y dura,
única en el tiempo.

El tiempo irreductible murmura y nos empuja.
Como la tarde, Claudio, como la tarde;
pasó, besó y nos fuimos a otra tarde más tarde,
el olvido, al gran silencio.
Y es así como entonces los hombres devoramos la gran palabra.
El trueno.
Todo lo que desboca, lo que amarga,
la enorme ola inútil que renaciera luego
no sé si sabiamente.
Más todo se reduce a sones intuídos,
a sencillos aromas, tú bien lo sabes:
el cantar de las mieses, la música que es hija del mirto y la paloma...
Todo lo que se sueña y se recuerda se ha vivido;
aunque la tarde, Claudio, aunque la tarde
nos confunda y nos hunda.

Y es verdad, así somos.
Materia y agua, brillo de soles,
hijos de dioses muertos.
Como la arcilla, Claudio, como la arcilla
moldeables y frágiles.
Oscuros artesanos nos acechan,
nos atenazan las manos sin nombre, nos pulen,
cual pájaro de barro la tierra ya vencida no canta.
Más no olvides, ni yo, jugar al son que ya sabes;
el son de San Chilindrón;
beber risa, pasear por la cornisa de la prisa,
rozar el aura del agua como hace la golondrina,
cagarse en la catalina perdido en la gran boina de la noche
que nos hunde y nos inunda, Claudio, que nos inunda.

A Quintana

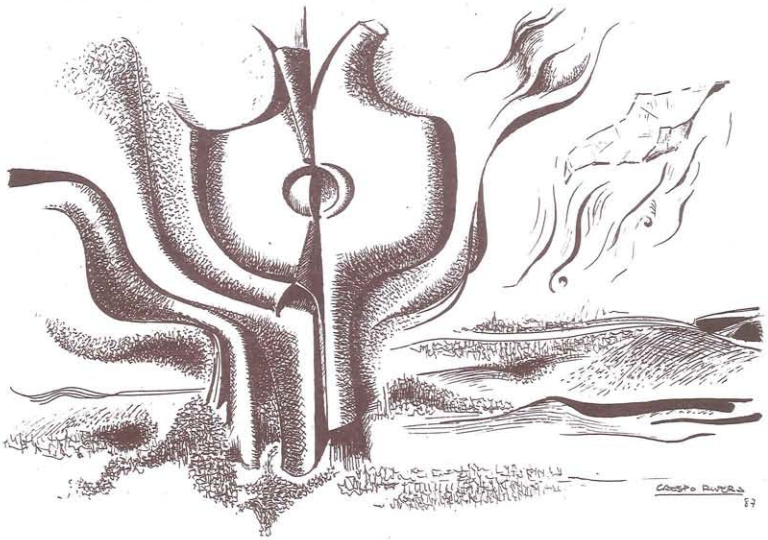
PARA CLAUDIO RODRIGUEZ

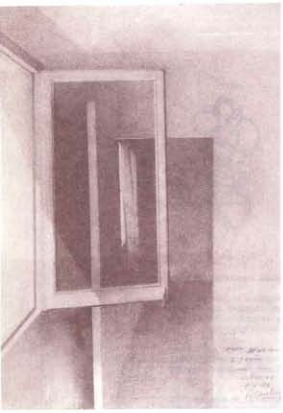
El milagro se ha producido hace sólo unos días: Claudio Rodríguez se ha salvado de entrar en la Academia de la Lengua por un escasísimo margen de votos. Son cosas que merecen conmemorarse, aunque la próxima vez no le sonría la fortuna y tenga que alinearse con los sabios. Pero el hecho es que hoy, veintiocho de abril de 1.987, Claudio no es aún académico y yo tecleo en mi máquina de escribir unas frases que quieren resumir mi cariño hacie él y mi homenaje a su singularísima persona.

Yo iba para gente normal. Pero hace quince años, un jurado compuesto por Marcos Barnatán, Angel García López, Diego Jesús Jiménez, Claudio Rodríguez y Francisco Umbral me metió en esto de la poesía. Entonces yo escribía sobre el Marqués de Sade: alguien, sin duda, se sintió aludido y, sin darme otra opción, me pusieron en manos del verdugo. Para comodidad de mi alma, he decidido no guardarles rencor. Desde aquella jornada más o menos iniciática conozco a Claudio Rodríguez. Tendría él treinta y tantos años. Yo iba a cumplir veinte. Con esa diferencia de edad, y entre poetas, todo podía haber pasado, pero por suerte nuestras imaginaciones eróticas no navegaban -ni navegan- por esos derroteros, lo que podría definirse como una excepcional coincidencia. (En fin, sospecho que la falta de ciertas perversiones no conlleva la ausencia de otras: la afición por el dominó, la bibliofilia o mis vecinas).

He visto luego a Claudio muchas veces. Vivimos en el mismo barrio, y él pasa siempre los domingos a las dos de la tarde por delante de casa de mis padres. Hemos jugado al póquer juntos (es de esos jugadores que no convierten la partida en un funeral). Hemos cerrado entre él y yo una preciosa colección poética (los "Pliegos de la Luna y el Sol", que dirigía en Málaga el estupendo dramaturgo Miguel Romero Esteo y que consta tan sólo de dos entregas, la de Claudio y la mía). Nos hemos encontrado alguna vez en un acto público, lo que tiene su mérito, tratándose de nosotros.

En su introducción al volumen de Ediciones Cátedra que reúne sus cuatro primeros libros (**Desde mis poemas**, Madrid, 1983), Claudio, guiñando el ojo a Lope, confiesa: "En mi vida me he visto en tal aprieto". Y no es vana retórica, sino la pura verdad. A una persona como Claudio Rodríguez (el Dylan Thomas de la poesía española, como lo llama Philip W. Silver en la **Antología poética** publicada por Alianza) le tiene que aburrir muchísimo hablar de su propia poesía (eso que a otros tanto les gusta). Y es que Claudio es lo que es **malgré lui**, como el emperador romano que lleva su nombre o el médico de Molière. Ese es suficiente motivo para explicar mi admiración por él. Otro sería que la poesía de Claudio brota del manantial más limpio del mundo, el de la niñez perdurable, y no de esa otra fuente, la de la adolescencia perdida, en cuya busca inútil y estúpida se pierden hoy tantos poetas.

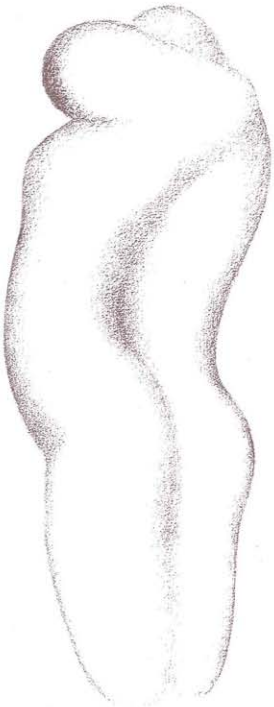




en el taller de...

es una sección de
CARLOS BAONZA y
JESUS MUÑOZ

RAMON ABRANTES



Por ver cómo corre el Duero
y cómo la escayola y el cemento,
cómo el pan, la herramienta
cantando y acusando entre las manos
de Ramón y de Julio, y de Marcelo,
de Tomás y de Antonio,
sobre todo de Eugenio,
estabas.

Teníamos que ir a Zamora. Pero..., ¿existe realmente Zamora o es una ficción de los libros de geografía? La verdad es que nunca hablamos estado en semejante sitio. Así que salimos hacia allí un sábado a mediodía. Sobre el paisaje no os hablaremos. No hay paisaje cuando sientes que el pedal se hunde bajo la presión de tu zapato y un cosquilleo te taladra la planta del pie. De vez en cuando la aguja del cuenta-kilómetros giraba en sentido antihorario: cien, ochenta, sesenta, cuarenta kilómetros por hora. Ante el parabrisas aparecían nombres de gran resonancia histórica o vinícola o ambas a la vez: Arévalo, Medina, Rueda, Toro, Tordesillas..., interminable travesía de Tordesillas, empujados por enormes e impacientes moles sobre ruedas,... pero merece la pena reducir la velocidad pues, si el ruido de los motores te lo permite, podrás escuchar el murmullo del Duero bajo el puente.

Seguimos nuestro camino y justo en el sitio donde indicaba el mapa encontramos Zamora. Sobre la ciudad nó os hablaremos pues veníamos tras el rastro del poeta. Anduvimos las calles de arriba a abajo hasta sorprendernos a nosotros mismos paseando una y otra vez por la calle Santa Clara..., Clara... (Clara: -id a Zamora, allí Claudio tiene muchos amigos).

Ya por la noche en el hostal, al abrir la puerta del armario se encendió el chispazo que iba a desencadenar los acontecimientos conjurados: desde el fondo del armario un rostro conocido nos miraba. En la primera página del ejemplar del treinta de noviembre de 1986 del periódico local, que por higiene cubría el suelo del armario, se daba la siguiente noticia: **"El poeta zamorano Claudio Rodríguez, Premio de las Letras Castilla y León".** Debajo de este rótulo se encuadraba una foto del poeta. Nos echamos a dormir convencidos de que íbamos por buen camino.

A la mañana siguiente fuimos despertados por el ruido de los badajos que iban encaramados a la cintura de un fantasmón bíblico: era el Domingo de Ramos. Pero no, no os hablaremos de la Semana Santa zamorana... Pagamos a la patrona y nos echamos a la calle: café con churros frente al mercado y comenzamos nuestro vagabundeo. En la calle San Torcuato, a la altura del Colegio Universitario, un gran cartelón exhibe la firma magnificada de un artista: **Pedrero**, y entramos. Una gran retrospectiva nos muestra su obra extendida a lo largo de dos plantas. En la escalera que conecta ambas, un cuadro de gran tamaño nos relata una divertida historia de taberna: **"El bar La Golondrina"**. De él hoy sólo queda esta instantánea pictórica. Sus protagonistas son: aquel pitillo que cuelga del labio inferior de Claudio, el codo que encarama sobre la barra el corto pero impresionante cuerpo de **Ramón, y Pardal, y Juanito "El chuleta", y Andrés el ciego...** En torno al cuadro y en esta misma escalera estaban colgados los excelentes retratos al carboncillo de éstos y el resto de los protagonistas. Un poco más allá volvemos a identificar otro retrato de Claudio, ya sin pitillo, y no muy lejos reconocemos el rostro hinchado y culminado por un lucido tupé de **Jesús Hilario Tundidor.** Buscamos al pintor.
-Antonio no está ahora en la exposición.
-¿Puede decirnos dónde vive?
-En la plaza de Fray Diego de Daza.

Recorremos la calle Ramos Carrión y otras más hasta llegar a la casa-palacio de **Antonio Pedrero.** Gran ciudad ésta que a los poetas dedica calles y en la que los artistas pueden vivir en palacios. Antonio nos recibe en su estudio, vacío de obra por la exposición y nos va dando referencia de todos los amigos cuyos nombres llevábamos apuntados en nuestro cuadernillo: **Tomás, Luis, Ramón...**
-Ramón... ¿dónde está el taller de Ramón?
-Muy cerca de la plaza Mayor, casi enfrente de San Juan, pero hoy será difícil que le veáis pues los domingos suele irse a una finquita que tiene cerca.

En un pequeño letrero puede leerse: **Abrantes-Escultor.** Una gruesa cadena entrelazada por un candado cierra la verja y nadie responde a nuestra llamada.

Llamamos por teléfono:
-¿**Tomás Crespo**?
-No está, volveré más tarde.

El café lo tomamos en casa de **Luis Quico** y **Sary.** Luis es hombre con fama de heterodoxo. Nosotros diríamos que es un dadaísta zamorano empeñado en demostrar a todo el que se le ponga por delante que **León Felipe** era republicano, así como una serie de evidencias más que algunos se empeñan en no reconocer. Duro cuando se enfrenta al caciquismo y al provincianismo y tierno, tiernísimo cuando nos habla del ángel en cuya memoria hizo levitar el mármol. Esta ternura es compartida por **Sary,** quien a su vez comparte con Luis una gran inquietud creadora que la ha llevado a trocar las tradicionales labores de la mujer por la composición de los más bellos collages que recordamos haber visto en los últimos años.

Un poco más tarde, cuando Cristo encaramado sobre un borriquillo entraba en la calle Santa Clara bajo el clamor de cantos y arcos de palmas, nosotros salíamos de Zamora. Pero tendríamos que volver. Tendríamos que volver al **Taller de Ramón Abrantes.**

Sí, entre el barro
y el alma,
cuando la luz se hacía melodía
y manantial, y el cielo
"muy luminosamente rojo", como dices,
entonces, a dos pasos,
se abría el puente y abrazaba el agua,
tan íntima y fecunda,
y la tejía entre sus ojos limpios,
y la amasaba libre,
con el molde sudado y respirado,
junto a los amigos.

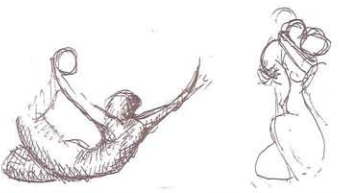
Aquel día se presentaba largo y vacío, podíamos ir a Zamora. Pero... ¿y si no está?, ¿y si no nos puede recibir? Llamamos a Sary por teléfono.
-No, él no tiene teléfono pero os puedo dar el de la pescadería de **Piedad**, su novia.

-Ramón ahora está en el estudio y esta tarde se irá a la finca a trabajar en el campo, pero si vienen ustedes les esperará. El al mediodía suele ir al Rocío, está casi al principio de la cuesta de Balborraz.

Un poco más tarde teníamos que pisar profundamente el freno, allí debajo discurría el Duero. Después continuamos pegando botes por la carretera de Tordesillas a Zamora:
-¿Quién habrá puesto aquí esos clavos?
Llegábamos al Rocío cuando ya **Ramón** se disponía a marcharse pero con el tiempo suficiente para verle como estaba en el cuadro de **Pedrero**: el codo apoyado sobre la barra, la cara parapetada tras el hombro... pero hoy, al descubrirla, mostraba una barba mefistofélica.
-Ya me iba, pues he quedado con un señor. Pero nos vemos a las cuatro en el taller.

Justo a las cuatro entrábamos en el pequeño patio del **Taller de Abrantes**. Atrás a la derecha agarrándose a los barrotes de la verja la parra hacía promesa de gruesos racimos. **Ramón** nos recibe en una pequeña sala con las paredes repletas de fotos, dibujos y otros objetos. Sobre una estantería mezclados con libros, piezas de pequeño tamaño.
-Mirad ese cacahuete que hay ahí. Estaba yo tomando un vino y me pusieron unos cacahuetes, me llamaron la atención su forma e hice esta escultura, arriba la tengo hecha en mármol.
-El resto de las figuritas están también inspiradas en formas vegetales.
-Bueno, aquí también hay bocetos que yo hago después de hechas las cosas, pa no olvidarme de ellas, porque yo las materias las hago directamente,... ahí hay una que se me cayó el otro día... es una cosa... un poco de danza, no ves, está hecha a partir de la forma de las semillas del campo,... ¿habéis visto eso que se tropieza cuando vas andando por el campo y se prende aquí en los calcetines?, la hierba espigadera la llaman, que pica,... molesta ¿coño!, más que un dolor, tiene una pintica así... y fíjate, parece un delfín. Yo he hecho otra cosa de éstas. Planté unos guisantes y cuando salió, metí el dedo en la tierra para ver cómo estaba por dentro..., tengo hecha una escultura convertida " prácticamente en una mujer, abierta con sus muslos,... esperando fecundidad,... es preciosa, está arriba.

De la estantería pasamos con nuestra mirada a las paredes vecinas.
-Esto otro es un proyecto de puente sobre el Duero, en Zamora, es como un saludo... una mujer saludando, con un asiento de capitel enormemente grande, de unos treinta metros cúbicos, marcando un poco el románico,... es decir, una ciudad románica te da la bienvenida. Es posible que se haga.
-¿Y ese retrato.?
-Eso es de **Alcorlo**. "A Ramón Abrantes con todo eso que se dice". Me lo hizo en el 57. Eso que hay ahí son fotos de mis ahijados. Excepto esa niña pequeña los demás son ahijados míos. La de arriba es holandesa. Aquel es **Lobo**.
-¿Has trabajado tú con él?
-No, no he trabajado nunca con él. Le he visitado en París y me gusta mucho las cosas que hace. Ese dibujo es de él.
-Allí hay un dibujo que parece de Lorca.
-Sí, es de **Lorca**. Me lo dió un señor a cambio de un dibujo mío. Tenía doce. Parece ser que su madre lo compró en una subasta.
-Y al lado varios dibujos infantiles.
-Sí, son de David, mi ahijado.
-Y aquí ¿qué es lo que haces?
-Aquí suelo dibujar.
En la estantería se ven varios libros. Nos llama la atención en primer lugar una antología de **Claudio**.
-Allí hay una historia de Zamora, y allí unas cosas de Crisol... cuentos de Oscar Wilde... y después libros de arte, casi todo escultura.
-**Henry Moore**, el **Summa Artis**.
-Sí, porque es importante, y luego **León Felipe, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, Rilke**... de ese tipo.
-Ahora que vemos el libro de **Henry Moore** y sólo como comentario aparte ¿qué escultores del siglo XX son los que más te interesan?
-Me interesa mucho **Arp**, **Henry Moore** no me interesa nada.
-¿Y españoles?
-Me va mucho **Baltasar Lobo**. Lobo es un hombre muy partidario del volumen por el volumen, lo cual a mí me interesa mucho. El **Henry Moore** a la búsqueda de hacer agujeros no me dice nada.
-**Gargallo**, entonces no te interesa.
-Sí!... Pero **Gargallo** sigue otra vía distinta, cuidado, **Gargallo** es muy interesante. En **Gargallo** aparecen agujeros, pero no las masas van a construir agujeros. **Henry Moore** va a buscar el agujero, que es bastante distinto. Algo así como lo que dice el refrán: "No es lo mismo venga vino que Gabino ven".



Salimos de esta sala y entramos en otra repleta de tallas, molduras, vaciados y esculturas sin terminar.
-Esta es una sala que yo uso pa picar piedra y hacer vaciados e incluso pa sacar alguna terracota. Como véis voy acumulando toda esa cantidad de modelos que ya han venido de la fundición. Hay cosas incluso que no modelo, por ejemplo ésto está hecho directamente sobre escayola para mandarlo a la fundición.
-Háblanos ahora de la talla de la piedra.
-El problema de una piedra es que hay que conocerla y conocerla es conocer su salida. Por ejemplo, en esta pizarra, ¿véis?, está construída en este sentido, ¿no véis? es la salida. Ahí no lo véis, en esa piedra de Calatorao que da muchos problemas, porque además hace concavidades al cortar.
-¿Y aquello qué es?
-Es una piedra que no está ni entre mármol ni entre pizarra, es muy extraña, y además tiene muchos problemas porque fíjate cómo baja una ley por aquí, y por aquí otra que se cruza. No se sabe cómo se puede construir una piedra así y que tenga la unidad que tiene. Para que entendáis lo que yo digo fijaos en esta madera, aquí está la hebra. Esto en las piedras se llama ley. Cuando tú cortas aquí, dices la testa de la madera. En las piedras es el tronce ¿comprendéis? Una vez que sabéis ésto por ahí tenéis que atacarle. En el caso de la pizarra es va todo, entonces hay que ir cortando pa formar "pito flauta" en ángulo muy llano, pa ir metiéndote ahí. Porque si calzas mucho, quieres coger mucho, lo que salta es ésto, entonces no consigues el volumen.
-¿Y estas texturas tan finas cómo las consigues?
-Bueno, pues con escofinas y lijas, pero sin llegar nunca a los brillos. Lo único que destroza el volumen es un brillo. Mirad, aquí tengo unas pruebas para cocer, éstas están cocidas en un horno de ladrillos. En el otro estudio tenía una estufa en la cual las metía y las cocía. Las ponía y una vez que estaba caliente lo rellenaba de carbón, se quedaba hecho un ascua y las dejaba enfriar, al día siguiente las dejaba y ya estaba. Mirad, ésto también es una tierra cocida a las que después de modelar, he pasado unas lijas para sacar calidades por todos los sitios, las pongo un poco y mirad, tienen ese roce que recuerda a las cerámicas aztecas, esa calidad que a mí me gusta mucho, y también un poco el recuerdo de las jarras de vino. Para ello yo cojo vino, y las meto ahí, meto un hierro candente, le da unidad al tanino. Entonces, con ese agua, le vas dando y cuando está seco y cocido, por absorción va cogiendo esa calidad. Después metes polvo, al fin y al cabo lo que ha tenido una jarra es vino por dentro y por fuera polvo. Así consigo en sesenta minutos lo que habría que esperar sesenta años para alcanzar.
-Es curiosa tu forma de resolver la figura femenina, tanto más cuanto como dices, surge de la observación de formas vegetales o animales.
-¿Conocéis lo que dice Claudio? "Espaldas vegetales". Estaba yo tallando una piedra y él estaba viendo cómo cortaba, al desbaste, tú pasas y va quedando la huella del puntero, y al lado tres o cuatro centímetros otra vez, y va soltando lo que queda en medio. Entonces, prácticamente lo que queda son surcos y por eso le llama la **cosecha de la materia**. Mirad, lo dice aquí en este catálogo que me hizo:
"Nos ilumina la verdad cercana
en la curva de la cintura, en
las espaldas resplandecientes, casi vegetales,
en los muslos tan suaves, sosegados,..."

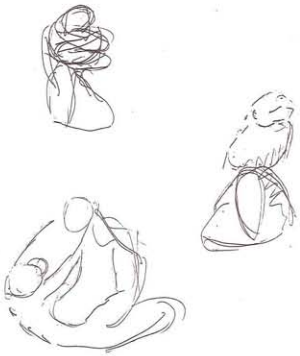
De aquí pasamos a una escalera por la que subimos al piso de arriba. De las paredes cuelgan bocetos para "Leda y el cisne" y la fuente de la Diputación.
-Allí podeis ver un Cristo románico... lo hizo un amigo mío, es un tío que sabe de eso más que nadie.
-¿Ha hecho la talla y después la ha destrozado?
-No, parece vieja porque la talló sobre un comedero de patos.

Al final de la escalera se abre una puerta que da paso a una amplia sala con grandes ventanales. En ella Ramón expone los trabajos que va realizando.
-Esto es como una exposición donde, si alguien viene, se queda y yo sigo en lo mío. Si la intenca lo compra y si no, pues tan amigos. Suelen venir también colegios con los chicos. El maestro llama: -¿Podemos ir allí? -Nada, venid cuando queráis. Son estupendos porque además hacen unas preguntas... Se interesan mucho por las herramientas del mármol y yo les enseño la gradina, el trasdientes, el puntero, las gubias, les enseño lo que es la media caña, una plana, una semiplana. También les enseño los materiales: bronce, mármol yugoslavo -fíjaos que tacto más agradable-. Aquí, el mármol italiano que parece más frío, y sólo es por el color ¿eh?. Ahí una tierra cocida, ¿véis cómo suena?. Y mirad aquí, tiene problemas porque es de una sola pieza, ya sabéis que se produce con un eje central y se puede abrir en cuatro partes. Aquí una cosa hecha sobre roble americano aprovechando las vetas. Esto es un granito, una de esas piedras que te encuentras por ahí. Es un poco ocre porque tiene hierro. Y mirad, mirad ésto, es la pieza de que os hablé antes, la del guisante. Ha quedado un poco con aspecto negroide.

Allí queda la materia metamorfoseándose en mil variaciones sobre la maternidad, "Leda y el cisne", cuerpos femeninos, todos ellos en eterna danza helicoidal girando sobre inverosímiles puntos de apoyo.
-Para mí la figuración debe llevar gran parte de sugerencia. Toda obra debe dejar esa especie de ventana invisible de sugerencia que tienes que calcular bien, pues si todo queda explicado, la gente se va, pero si dejas eso, la gente se incorpora.

Por la escalera bajamos al patio. Lo atravesamos y entramos en un soportal donde se acumulan esculturas y herramientas.
-Ya veis este patio me lo hice yo, piedra a piedra.
-Pero aquí no trabajas.
-Algunas veces sí. Aquí estuve tallando la última Leda.
Colgadas en la pared unas calabazas alargadas que recuerdan algunas de sus formas escultóricas.
-Sí, parecen patos. Aquello que veis allí, veis que es una jaula, y que tiene un sarmiento seco en la puerta,... es algo para mí muy, muy bonito que me sucedió. Yo tenía otro estudio del lado de allá. Un día vi a tres chicos que jugaban con un jilguero con un pata rota. Les dí un duro a cada uno y me lo dieron. Cogí el jilguero y con cartón y un poquito de hilo de bordar se lo ajusté como pude. Entonces alguien me dió esa jaula y le metí en ella. Compré un paquete grande de alpiste para que comiera el animal, le puse agua y pasados unos días se curó. Era muy agradecido y siempre estaba cantando. Yo tenía un corralillo con una parra de donde ha salido esa otra. Y fíjaos lo que es la naturaleza, fue avanzando la parra, echó el pámpano, fue mermando, y abrió la puerta de la jaula, y el jilguero salió. De día andaba por ahí y de noche regresaba y se metía. Se fue acabando el paquete de comida, y el último día, cuando se acabó, volví y se posó sobre una vara seca que había en la punta de un almendro. Estuvo cantando toda la tarde hasta que oscureció y después se marchó, ya no supe más de él. ¿A que parece un cuento de **Oscar Wilde**? La jaula la tengo ahí porque para mí es el monumento a la Libertad más grande que pueda existir.

Al pie de la columna reposa un bajorrelieve en piedra de un color parduzco.
-Esto es una piedra que trabajé hace tiempo, y me propuse llegar a conseguir el color que tienen las piedras de por aquí. Se ponen así porque al cabo del tiempo con el aire y el agua les sale el óxido. Entonces me las apañé y con orín, limaduras de hierro, sal y vinagre conseguí que se hiciera el óxido de hierro. Y ésto no se quita jamás.
Osea, que al contrario de lo que dice en los carteles de algunas nobles paredes:
"Prohibido hacer aguas", tu recomiendas hacerlas.
-Fíjaos, en una época en que se puso de moda utilizar cosas antiguas para la decoración yo intentaba imitarlas, con lo cual me iba manteniendo. Recuerdo a una persona que tras oír cómo patinaba yo, me dijo: "Abrantes, mira por favor, quiero que me lo dejes bien, pero no me lo mees mucho".
Volvemos al recinto en que comenzamos la charla.



Ahí, en el taller tuyo estás tallando
(copio tu estilo)
no tan sólo palabras verdaderas
sino también la salvación, la busca
y la protesta. Pasa
el agua, ahí, a dos pasos,
del Duero.

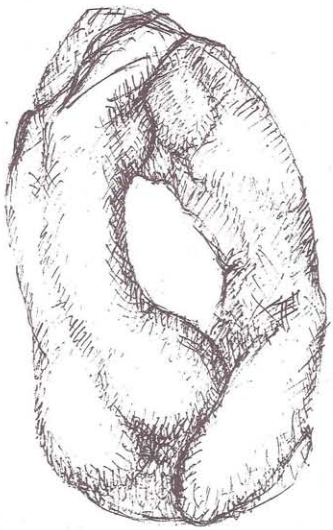
Y el taller, y el latido
del ritmo de la obra y de la mano,
están ahí, contigo,
junto a las muelas de las lavanderas
sin que el río se muera en nuestros brazos
porque el agua del Duero es ya cal viva.

-Y bien, ¿era aquí dónde se reunían **Blas, Claudio,** y los demás amigos?
-No, no era aquí. Era en un taller que yo tenía junto al río. ¿No véis que **Claudio** había de las lavanderas?... pasábamos por allí, porque siempre el Duero le ha tenido obsesionado, el Padre Duero, lo quiere tanto que parece que lo ha parido, que es suyo, y dentro de su fuero interno, pues hace bien. Y por allí es donde nos conocimos.
-¿Cuántos años hace?
-Éramos muy jovencitos, no sé. Yo conocí a **Claudio** cuando comenzó a ir al Instituto. Y un día **Claudio** me dijo: -Que viene **Blas**... y no sé qué. -¿Quién es **Blas**? -Coño, el escritor. -¡Ah, coño!, un vasco sí, que ha oído... -Y viene con dos pintores también, **Ibarrola y Fidalgo** que es un maestro de por allí. Y por aquí aparecieron. **Blas** me parecía un entrenador de fútbol, con la chaqueta que se ponía por aquí, con esas gafas y esa mirada de... parece que miraba pa dentro, yo no sé por qué. Y andábamos juntos por ahí. Íbamos al río, le gustaba mucho el río. Cogía melocotones, los ponía en una cubeta y los guisaba con vino, hacía unas limonadas con melocotón y bajábamos a beberlo por allí. Cosas que había del Duero las vió allí. Un día de esos en que estábamos bebiendo estaba todo el cielo azul, totalmente azul, y pasó un reactor, ya sabéis, eso de "En el azul del cielo un reactor, ¡qué cabrón!", está visto ahí. Y lo de,... ¿cuál otra cosa que después le?,... ¡Ah!, "Una nube, dos nubes, tres nubes, cuatro nubes, cinco nubes...", ahí las vió. Le gustaba mucho andar por la orilla del río. Y allí de vez en cuando decía un poema suyo que yo creo que no lo había escrito todavía. Poco después tuvo una pelea con **Ibarrola** y se separaron. Ya sabéis cómo era **Blas**, se iba a peras y de vez en cuando se gastaba todo el dinero en beber. Recuerdo que una vez **Ibarrola** estaba pintando al principio de la cuesta de Balborraz. Allí hay una calle que en tiempos tuvo una iglesia románica. Hoy ha desaparecido, había un parche de esos que se echan para tapar un tapial, y se había desmoronado todo. El tío estaba haciendo un estudio de rojos y ocres, impresionante, una cosa preciosa de color. El pintaba y todo el mundo miraba la cuesta. Saltó un tío: ¡Mecagüensandios!, no veo la calle ni pa dios. Se armó un lío del demonio. **Fidalgo** era más figurativo. Entonces en cuando **Claudio** recibió el Premio Adonais. Tengo un ejemplar de cuando valía diez pesetas.
-¿De cuánto era el Premio entonces?
-No lo sé. No debía ser mucho porque no bebimos mucho vino. Nos pusimos muy contentos todos. A **Claudio** le quiere mucha la gente, porque... yo no sé, **Claudio** tiene esa buena cosa..., es un hombre sencillo, habla con todo el mundo, sobre todo con la gente sencilla. Yo me imagino que lo hace porque la gente sencilla cuando quiere decir algo no lo está premeditando, no lo amasa primero, sino que lo dice espontáneamente. Y entonces sí, ahora mismo te das cuenta que todo el mundo por ahí... ¡concho! que lo han presentado a la Academia..., será pa el próximo año. Porque no se pierde la esperanza. Yo creo que **Claudio**, eso y el Príncipe de Asturias, lo tiene ahí. Si a lo mejor le frenan un poco es probable que la culpa la tenga el que no tiene mucha obra, pero si te paras a pensarlo es que toda es buena, cosa que no ocurre con otras personas. Es un buen rapaz. La vida no la ha tenido fácil ¿eh?... Ahora yo creo que va a empezar a cosechar. Creo que le operaron.
-Sí, de una hernia discal.
-Pero, ¿cómo ha ocurrido eso? Yo no se lo había observado. ¿Sigue estando tan gordo?
-No, ha adelgazado un poco.

A la mañana siguiente recorrimos Zamora con **Ramón** que transformado en **Diablo Cojuelo**, nos iba revelando algunos secretos de la ciudad. Nos llevó a la Catedral y nos enseñó a aquel hombre que tras robar quedó petrificado en la fachada. Nos mostró el Duero desde el mirador del castillo. Nos abrió puertas de iglesias y nos enseñó bellas piezas románicas bajo la estrecha vigilancia de la monjita anfitriona.
-¿Os ha gustado ese bello altar románico? Pués no os lo quise decir delante de la monja, pero lo hice yo. Salimos de la ciudad por la Puerta del Obispo y bajamos al río por la Subida Peñas de Santa Marta.
-Mirad, mirad, aquí venían las lavanderas y tendían las ropas entre las zarzas. Por aquí paseaban **Blas y Claudio** y se ponían... ¡cómo se ponían cuando veían unos centímetros por encima de los tobillos a aquellas lavanderas! Y allí estaba el taller del que había **Claudio.**
Caminamos hacia la vieja iglesia de Santo Tomé ante cuyo ábside cuadrado nos dió una estupenda charla de arquitectura románica. El, que no fue a la escuela más que catorce meses seguidos. Después escupió maldiciones contra los que destruyen el patrimonio artístico, convirtiendo palacios en fábricas de alcohol vínico e iglesias en carbonerías.
Os traigo aquí porque sois amigos míos si no, no os lo enseñaba.
Nosotros nos quedamos sobrecogidos en aquella iglesia con las paredes ennegrecidas, teníamos la impresión de estar buceando por una Catedral sumergida.
-Al fin y al cabo si no fuera por la carbonería no quedaría ni rastro de la iglesia.
Subimos por la cuesta de Balborraz.
-¿Veis el umbral de esa puerta?, pues es lo único que puede verse de un capitel románico que está ahí enterrado. Aquí se ha esquilmado mucho para aprovechar piedras en la construcción de casas.
Ya cansaños, nos sentamos ante la puerta de **Santiago del Burgo.**
-Aquí se sentaba **Blas** y miraba esos dos arcos que se juntan sobre un capitel que parece que va a descansar sobre una columna inexistente. **Blas** decía: "Es la lágrima del románico".

Después almorzamos en una tasca frente al mercado, unos callos con patatas.
-Adiós **Ramón**, hasta pronto.

De nuevo al volante abandonamos Zamora convencidos de que los libros de geografía no mienten.



Los versos intercalados en el texto corresponden al poema "A Blas de Otero en el taller de Abrantes".

Queremos agradecer la atención que nos prestaron en Zamora **Antonio Pedrero, Luis Quico, Tomás Crespo y Ramón Abrantes.** De nuestra entrevista pudiera desprenderse que no fuimos atendidos por **Tomás Crespo** por las dificultades que tuvimos en contactar con él. Posteriormente a la realización de este artículo su ayuda ha sido imprescindible para la realización del homenaje a **Claudio Rodríguez**

JESUS MUÑOZ DIBUJO ESTAS "BRUJAS A MEDIODIA" PARA CLAUDIO Y CLARA-22-V-

. . . A LA MANERA DE LOS VUELOS TUYOS

1.Dic.86.

Desde mis hogares,
desde mis egos,
desde mis juegos malabares,
mis palabras, mis poemas,
van solitarias, rodando, rodando,
y rodeando... los encuentros más
vitales.

Ellas se sorprenden a sí mismas...
Van.

Las muevo... sin darme cuenta...
Escucha... Claudio... a tí, con ellas te digo algo, mezcladas con poemas tuyos y Camilo...
"Desde mis poemas"... no míos-tuyos...
aunque...sí..."Desde mis poemas"...
¿qué ocurre?... ¿otra vez?...
¡oh! este jugueteo no debe confundirme, aunque sea una apetecible situación...

...Claudio... bien sé que "Desde mis poemas" es tuyo, y sobre él, te cuento.
Pués sí,... Camilo tenía tu libro, y lo leía aquí y allá... en casa.
Pero en tal día como hoy... llegó el momento de organizar su viaje de trabajo, y sus papeles, y su crema de afeitar (¡oh afectuosa!) y... todo aquello necesario.
Cuando ya se hacía la hora de marchar... Camilo... decía: ¿dónde está el libro de Claudio?... ¿dónde?... ¿dónde?... y lo buscaba... y quería que fuese con él en su viaje.
Pero no pudo ser.

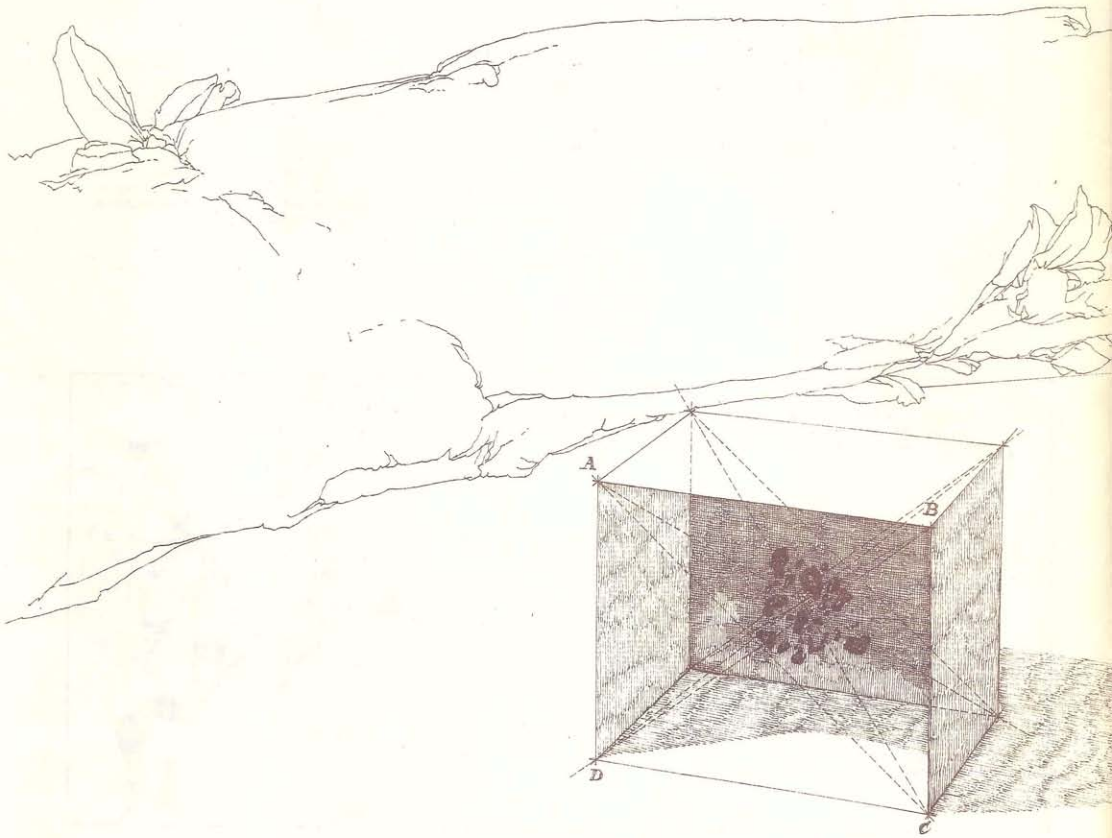
Sólo poco después, vi tu libro en tal lugar, curioso e interesante, que por ello te lo cuento (como si fuese un cuento)... Ya ves... Claudio... seguro que imaginas que estaba en el cuarto de baño... sí... donde los libros tienen un apoyo perfecto, y la mente los cuida y... donde allí se pasan los tiempos... Se pasan.

Camilo marchó con tristeza.
Y tu libro... quedó a mi lado, en casa.

Este grabado de Redondela fue editado por la Galería Juana Mordó, con impresión en su reverso del poema de Claudio Rodríguez "Feria eterna".(Como podéis observar al leer nuestra antología es el embrión de "Contrata de mozos").

FERIA ETERNA

¡Nuestra feria está aquí! ¡Si hoy no, mañana;
si no mañana, un día! Lo que importa
es que vendrán, vendrán de todas partes,
de mil pueblos del mundo, de remotas
patrias vendrán los grandes compradores,
los del limpio almacén. ¡Nadie recoja
su corazón aún! Se ve que es tarde
pero vendrán, vendrán. ¡Tened la boca
lista para el pregón, tened la vida
presta para el primero que la coja!
¡Aquí estamos, aquí, en el pueblo nuestro
y hoy se fía, venid, que hoy no se cobra!


A
B
D
C